Héctor López Martínez



Notas sobre Grau

Y otros temas de la guerra con Chile

0611

Lima-1980

4139

150/50

GRAU Y OTROS TEMAS DE LA GUERRA CON CHILE/Héctor López Martínez

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif.: 985.0611/L83
Nro. Inv.: 4139
Fecha: 15/9/15

Héctor López Martínez



Notas sobre Grau

Y otros temas de la guerra con Chile

Lima-1980



MINISTERIO DE MARINA
BIBLIOTECA
DIRINTEMAR
112

© MINISTERIO DE MARINA
Hecho el depósito de Ley
Reservados todos los derechos de reproducción total o parcial, la fotomecánica y los de traducción.

2,000 ejemplares
Coordinador de la edición: Julio Alva Flores

Impreso en el Perú
Imprenta de la Marina de Guerra del Perú.

AL LECTOR

Este volumen reúne diversos artículos aparecidos en periódicos y revistas de Lima, durante el año 1979. Todos ellos convergen, en una u otra forma, en la Historia de la Marina de Guerra del Perú, en la evocación de sus figuras señeras y de sus gestas heroicas.

La mayor parte de los artículos vieron la luz en el diario «**El Comercio**», (decano de la prensa nacional), cuya historia —en largos períodos de su existencia y en horas difíciles para la Patria— testimonia la defensa de los valores nacionales y la exaltación de las mejores esencias de la peruanidad.

El autor cumple un gratísimo deber de expresar su más cordial agradecimiento al Vicealmirante Carlos A. Tirado Alcorta, quien durante su gestión como Ministro de Marina autorizó la presente edición; y al Contralmirante Julio Pacheco Concha Hubner, quien como Secretario General de Marina, puso todo su empeño y ofreció las facilidades que hicieron posible la impresión de estas páginas.

H.L.M

Homenaje al Almirante Miguel Grau en el Centenario del Combate de Angamos y de su gloriosa muerte.

Aquí estamos, Almirante Grau, a cien años de tu ausencia. Hemos sido convocados por tu recuerdo, tu ejemplo y tu gloria. Aquí estamos todos los peruanos, sin distinción ni distancia, unidos en torno a tu memoria sin mácula.

Aquí estamos para rendirte homenaje a ti y a los hombres que a tu lado combatieron hasta convertir al famoso monitor Huáscar en un vasto sepulcro, en un sarcófago de héroes.

Aquí estamos para honrar tu memoria de hombre bueno, marino ejemplar, ciudadano sin tacha. Tu memoria de héroe a la vez grandioso y modesto. De jefe impávido, justo y afectuoso. De cristiano que no supo de odios, envidias ni acrimonia.

Aquí estamos para honrar al peruano insigne que tuvo en la vida un solo norte: el cumplimiento del deber hasta el sacrificio, con entereza y fe.

Aquí estamos, Almirante, recordándote a tí, a tu buque —unidos en la epopeya y en la inmortalidad— como símbolos del esfuerzo denodado, del valor y de la

abnegación. Como ejemplos del triunfo —a la postre imperecedero— del espíritu y del coraje sobre la abrumadora superioridad material.

Aquí estamos, Almirante Grau, para nutrirnos en la fuente purísima de tu vida ejemplar, para recoger de ella el ideario nacional de hoy y de siempre; la fe creadora que nos permita resolver —sin pugnas ni desesperanzas— los problemas nacionales. Para renovar, en esta hora de gratitud y reflexión, la promesa irrevocable de ser cada vez mejores ciudadanos.

H.L.M.

GRAU: NOBLE ENTREGA Y DIGNIDAD

El año 1878, es altamente significativo en la vida del Capitán de Navío Miguel Grau Seminario. Deja la Comandancia General de Marina y se reincorpora a la Cámara de Diputados como representante titular por Paita, cargo que había ganado en los comicios de 1876. Esa elección en un clima asaz beligerante, de encendida pugna partidaria, es acogida con singular y significativa aprobación por todos los sectores políticos. Grau, civilista, recibe la enhorabuena de **"La Patria"** vocero periodístico del más sañudo adversario de los seguidores de Manuel Pardo: el pierolismo. En la columna "A granel" que habitualmente escribía Julio Lucas Jaimes, se publica el sábado 5 de agosto de 1876: "Ayer se aprobó la elección del señor Capitán de Navío don Miguel Grau, diputado por Paita. Representantes como Grau, llenos de noble entrega y dignidad jamás desmentidas, serán un refuerzo honroso para la Cámara que necesita de hombres independientes. Le enviamos nuestras felicitaciones tan sinceras como espontáneas".

En un ambiente cargado de pasión en que los diarios lanzan a sus adversarios políticos los más duros e incluso soeces calificativos, Miguel Grau consigue, sin proponerselo ni solicitarlo, unánime aplauso, aprobación y respaldo para su persona; como si una

premonición se apoderase de todos los espíritus y les hiciera comprender que el nombre Grau sería, por mandato del destino, símbolo de unidad, confluencia de las más encontradas opiniones que, sin embargo, mostraríanse acordes en su respeto y admiración a un hombre justo.

Así, pues, en Grau se concilian dos responsabilidades; por un lado, las inherentes a su profesión en la que, como ya dijimos, había venido desempeñando la Comandancia General y era reconocido —por propios y extraños— como el mejor y más calificado marino del Perú; por el otro, su compromiso político con el Partido Civil, decisión legítima a la que llega sólo para servir, para dar los aportes de su prestigio, capacidad y patriotismo.

Hace cien años nuestro país vivía también una severa crisis económica. El quehacer político, en esas graves circunstancias, no era privilegio ni propicio a la lisonja. Era, por lo contrario, abrumadora responsabilidad, máxima exigencia a la que había que dedicar todas las horas y el pleno esfuerzo.

En la Cámara de Diputados Grau da cumplida muestra de una de sus virtudes más preclaras: la modestia. En las legislaturas en que intervino alternó con destacados talentos de la civilidad: Chacaltana, Cisneros, Ribeyro, etc. Raúl Porras, en su magistral "Elogio a Grau", recuerda que el héroe en su función legislativa "exhibe la misma sobriedad de gesto y de alma que en la milicia". Pide la palabra pocas veces y comenta con sus amigos "que no conoce los usos parlamentarios". Pero no duda en opinar sobre aquellos asuntos que domina por formación profesional.

Decíamos que Grau deja la Comandancia General de Marina para reincorporarse a su Cámara. El, mejor que nadie, sabía de las carencias de nuestra Armada, de la tremenda desventaja en que se encontraba respecto a la de nuestro eventual adversario en el Pa-

cífico. Eran días, además, en que la creciente tensión internacional en el Sur presagiaba la inminencia de una guerra cuyas primeras acciones, lógicamente, debían librarse en la mar.

Grau, antes de apartarse de la Comandancia General de Marina, había redactado una Memoria, documento meditado y minucioso, donde con razones incontrovertibles solicitaba al Gobierno el refuerzo impostergable de la Escuadra con buques blindados y convenientemente artillados, ya que ésta era, según apuntaba, la única forma de afianzar "los intereses, la tranquilidad y la soberanía de la Nación".

La Memoria del Comandante General de Marina Miguel Grau —que publicó hace poco Geraldo Arosemena— fue incorporada a la del Ministro de Guerra y Marina, conociéndose y discutiéndose en la Cámara de Diputados en diciembre de 1878. Allí, pese a que se acentuaba la gravedad de la crisis internacional, no se tomaron las acciones correctivas que solicitaba Grau. Hubo incluso —antaño como hogaño— personajes de menguadas miras que sin comprender el papel prioritario que debe tener lo que atañe a la defensa nacional, abogaron por la supresión de un maquinista del vetusto y cansino monitor "Manco Cápac", con el absurdo argumento "de hacer economías".

Levantóse al punto la voz del diputado Miguel Grau para protestar con energía por tan infundado pedido, que a la postre fue desechado. Lamentablemente, la crisis económica cada vez más asfixiante y la inestabilidad política se confabularon haciendo imposible la compra del material bélico naval que urgía en forma desesperada.

Cuando estalla la guerra, Grau deja sus funciones parlamentarias y se incorpora de inmediato a la Marina. Es entonces que los miembros del Gobierno solicitan su opinión sobre la Escuadra. Grau responde: "Señores, es preciso que no nos formemos ilusiones; el

"Huáscar" es sin duda un buque muy fuerte; pero nunca podrá contrarrestar el poder de uno sólo de los blindados chilenos... a pesar de todo, si llegase el caso, el "Huáscar" cumplirá con su deber aún cuando tenga la seguridad de su sacrificio".

¿Habría sido necesario este sacrificio tan consciente y, por lo mismo, tan lleno de grandeza? Incluso, ¿se hubiera producido siempre la contienda si el Perú, tomando en cuenta de inmediato los pedidos y recomendaciones de Grau lograba equilibrar el poderío naval en el Pacífico? Las especulaciones e hipótesis sobre el particular escapan al marco de la Historia. De toda suerte, la inmolación de Angamos no fue un sacrificio estéril; constituye el legado moral más valioso de nuestra nacionalidad y la digna culminación de una trayectoria profesional y cívica, la de Grau, que es, con su ejemplo, inmortal magisterio.

GRAU, PARDO Y VICUÑA MACKENNA

El 6 de diciembre de 1878 el Capitán de Navío Miguel Grau fechaba en Lima una carta cuyo destinatario era el político, historiador y periodista chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886). Escrita en los términos más cordiales, agradecía el envío del folleto **"Don Manuel Pardo ex-Presidente del Perú. Breves apuntes y revelaciones sobre su vida" (1878),** que acababa de publicar Vicuña en el país del sur, como inmediato y fervoroso homenaje de amistad al estadista peruano asesinado el 16 de noviembre de ese año.

"Más que para acusarle recibo de tan valioso presente —decía Grau— escribo a Ud. para rendirle como americano y especialmente como peruano, el tributo de mi reconocimiento por la manera como ha honrado Ud. la memoria de la figura de más alta talla de la época contemporánea de mi patria".

Pero la misiva tenía también otro cometido no menos importante: rectificar un error histórico, tarea ésta que Grau supo abordar con tacto y delicadeza. Vicuña Mackenna, temperamento improvisador, rápido, inquieto, vehemente, intuitivo y emocional —como lo define Guillermo Feliú Cruz— había escrito en dicho folleto que en agosto de 1866 los marinos peruanos —entre los que mencionaba a Grau— se ha-

bían sublevado para impedir que el Contralmirante norteamericano John R. Tucker, nombrado por nuestro Gobierno, tomara el mando de la Escuadra. Añadía el historiador chileno que la presencia en Valparaíso del entonces Secretario de Hacienda y Comercio, Manuel Pardo, investido de amplias facultades para solucionar el conflicto entre los marinos peruanos y el impuesto jefe extranjero, bastó para que gracias a su "energía irresistible", la Escuadra nacional entrara "sumisa en el sendero del deber y la obediencia".

Conviene recordar que luego de la jornada victoriosa del 2 de mayo de 1866, la Escuadra peruana —aliada de la chilena— se encontraba en Valparaíso a la espera de iniciar una gran ofensiva —que a la postre se frustró— contra importantes posesiones insulares españolas: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Fue entonces cuando el Gobierno de Mariano Ignacio Prado cometió el error y la injusticia de preterir a los marinos peruanos e intentó darles un jefe extranjero: el norteamericano Tucker.

Miguel Grau, celoso de su buen nombre "en gracia del honor de mi carrera, tan susceptible, hasta la sospecha", se sintió obligado a puntualizar a Vicuña Mackenna que la marina peruana nunca se sublevó, como el publicista sureño suponía, "porque los que estábamos a cargo de esos buques —decía el futuro héroe— en ningún caso hubiéramos ofrecido un espectáculo que con justicia califica Ud. como de fatal indisciplina y lo habríamos evitado con razón tanto mayor, desde que nos hallábamos estacionados en las aguas territoriales de una nación amiga y empeñados en una acción nacional de reivindicación y de honor, que nos imponía más severas y más augustas obligaciones".

Abundando en argumentos añadía Grau que no pudo haber sublevación pues apenas llegó a Valparaíso Manuel Pardo "todos los comandos fuimos a recibirlo y saludarlo; nos pusimos en el acto a sus ór-

denes y en la más cortés y familiar entrevista, resignamos ante él el mando de nuestros respectivos buques, y regresamos a entregarlos y hacer reconocer por las tripulaciones, a los llamados a sucedernos".

Más adelante, reiterando su admiración y afecto por el amigo trágicamente desaparecido, acota Grau: "Nada hay más exacto que asegurar que el señor Pardo desempeñó aquella misión —en 1866— con toda la circunspección y tino político que han caracterizado todos los actos de su vida pública, y nada más cierto también, que los marinos a que Ud. se refiere (Aurelio García y García, Lizardo Montero y el propio Grau), que antes éramos amigos del señor Pardo, tuvimos después ocasión de ser sus más decididos y entusiastas correligionarios y que hemos hecho siempre justicia a sus virtudes cívicas, a la entereza de su carácter, a la elevación de su talento y a todas las prendas personales que adornaban a ese hombre singular. Permítame Ud. que concluya, señor Mackenna —dice el valeroso marino casi al final de la epístola—, porque no podemos escribir con tranquilidad, ni recordar fríamente las grandes virtudes de Pardo los que al perderlo, como ciudadanos de este país, hemos perdido con él la mejor esperanza del porvenir de nuestra patria querida".

Estas hermosas, entristecidas, desalentadas palabras de Grau, uno de los mejores y más sentidos homenajes al ex-Presidente asesinado, no necesitan comentario. Son de una sinceridad y elocuencia conmovedoras, propias de un espíritu superior, del hombre que se daba cuenta, con singular lucidez, que el magnicidio era un paso más del país hacia el desastre.

Vicuña Mackenna —hasta donde hemos podido averiguar— no respondió a esta carta que, por cierto, no tenía carácter polémico. El historiador chileno, amigo personal de las más importantes figuras del Perú de entonces, quien se preciaba de haber contribuido a la reconciliación de Manuel Pardo con Maria-

no Ignacio Prado, quien había escrito muchos libros y folletos sobre temas peruanos, convertiríase —apenas cuatro meses más tarde— en violento detractor de nuestro gobierno y de nuestro pueblo; en el gran cronista chileno de la Guerra del Pacífico, en el cantor de los fastos del ejército de la estrella solitaria, en el tribuno que con sus artículos y discursos enardeció el espíritu bélico de sus conciudadanos.

Mas su exaltado patriotismo, la pasión que le devoró, no hicieron que variara el concepto que tenía sobre Grau. Cuando nuestro héroe sucumbió gloriosamente en Angamos, Vicuña Mackenna, enjuiciando su actuación con veracidad e hidalguía que le honran, dijo: "La pérdida de mayor dolor y trascendencia que en aquel torneo de guerra tuvo el Perú y lamentó sinceramente y con justicia Chile, fue la del noble Capitán (Grau) que había sido el más asiduo y el más esforzado adversario de nuestras armas, pero que no había consentido jamás en mancharse con un acto de cobardía, menos aun con una sombra de inhumanidad".

CHIPANA: INICIO DEL MILAGRO NAVAL EN LA GUERRA CON CHILE

Apenas Chile nos declaró la guerra, una opinión pública excitada, ignorante en mucho de la verdad desoladora tanto del Ejército como de la Marina de Guerra nacionales, clamó a grito herido, en la prensa y en las calles, exigiendo la inmediata salida de la Escuadra.

La superioridad naval, consultada por los hombres del Gobierno sobre el estado de los buques, había repetido, una vez más, las mismas razones que venía exponiendo desde años anteriores: ninguna unidad estaba en condiciones de hacerse inmediatamente a la mar sin antes concluir con las urgentes reparaciones iniciadas en el mes de febrero, sin antes haber ejercitado a las inexpertas tripulaciones, sin efectuar, primero, algunos ejercicios de tiro.

La Escuadra, "única y positiva defensa de la República —dice Mariano Felipe Paz Soldán— se encontraba en igual o peor estado que el Ejército". Pero no había tiempo para ultimar aprestos en un plazo más o menos razonable. La ansiedad de las gentes en Lima y el Callao era tan grande que el Gobierno decidió que la recién formada Segunda División Naval, al

mando del Capitán de Navío Aurelio García y García, compuesta por la corbeta de madera **Unión** y la cañonera **Pilcomayo,** dejase al punto el fondeadero poniendo proa al Sur. "Para aparentar la fuerza que sin remedio faltaba —dice Rosendo Melo— se creyó oportuno que fuera a cruzar la línea enemiga de comunicación una división naval volante".

El comandante García y García recibió instrucciones reservadas tanto del Presidente Mariano Ignacio Prado, como del Ministro de Guerra y Marina, General Domingo del Solar. Ambos documentos le fueron entregados el 7 de abril ordenándosele zarpar sin dilación. Las exigencias políticas así lo aconsejaban.

Cuando García y García subió a bordo de la corbeta **Unión,** tuvo una junta de emergencia con el comandante de la misma, Capitán de Navío Nicolás del Portal y con el de la **Pilcomayo,** Capitán de Fragata Antonio de la Guerra. En pocos minutos el jefe de la División pudo darse cuenta que el estado de los buques era realmente pavoroso. En el informe reservado que dirigió al Ministro de Guerra y Marina, fechado el 17 de abril de 1879, al ancla en el Callao, pocos minutos después de haber retornado de la expedición, le decía que cuando asumió el comando de ambas unidades encontró que ninguna de las dos tenía suficiente carbón para sus calderas, pese a las diligencias para conseguirlo que habían hecho sus respectivos comandantes.

Pero esto no era lo más grave. "A pesar de haberse abierto la campaña —señalaba García y García— no existía a bordo una sola bomba lista para dispararse, los cañones se encontraban con los bragueros destrozados e inútiles para todo servicio". Más adelante, al referirse a la armería de la corbeta, apunta que todos los revólveres estaban descompuestos y sin munición, los sables y cuchillos sin vainas ni cinturones, las hachas sin guardafilo y los rifles con las fornituras destrozadas.

Pero García y García, como Grau y los demás Oficiales de Marina del Perú, habían dicho, sin asomo de arrogancia ni amargura, que a pesar de las gravísimas deficiencias de los buques y del personal, de las cuales eran conscientes, aunque no culpables, cumplirían con las órdenes recibidas. En los pocos días que duró la navegación —hasta el 12 de abril en que tuvo lugar el combate de Chipana— tanto el Comandante General de la División, como Nicolás del Portal y Antonio de la Guerra, desplegaron una febril actividad para subsanar, en lo humanamente posible, las gravísimas carencias materiales de ambos buques e instruir, aceleradamente, a sus inexpertas dotaciones.

Así, en tan precarias condiciones, nuestra Armada abrió la campaña contra Chile. Sus hombres sabían que las débiles naves con el pabellón bicolor eran la primera línea en la defensa nacional. Sabían, en suma, que sobre ellos reposaban las esperanzas de un pueblo que todo lo esperaba de su patriotismo, valor y pericia.

Si el Perú hubiera sido fuerte en el mar, ha dicho con acierto Jacinto López, fuerte siquiera para hacer incierta o peligrosa la aventura bélica a la que con tanta ambición se lanzaba Chile, estamos seguros que Antofagasta no hubiera sido jamás ocupada y, por ende, la guerra no habría estallado.

Bueno es recordar que mientras nuestro país mantuvo la supremacía naval en esta parte del Pacífico, las naciones vivieron en sosiego, no surgieron alarmas, ni tuvieron lugar estrepitosas diferencias por límites u otros motivos. La Escuadra del Perú sólo sirvió para proteger al Continente de cualquier intento neocolonialista, como se probó en Abtao, y como tuvo que admitirlo España después del 2 de Mayo de 1866.

Mas cuando Chile nos arrebató esa supremacía en el mar, dio inicio a su arrogante política interna-

cional. Disputó territorios con Argentina y Bolivia. Posteriormente se los arrebataría a ésta y también al Perú en una guerra injusta, de conquista, sin justificación.

En los cálculos fenicios del Gobierno de Santiago no estaba la calidad profesional, la enaltecedora abnegación de los marinos peruanos que ya en el primer mes de la guerra, pese a que sus buques principales continuaban reparándose en el Callao, lograron fortificar Arica y reforzar su guarnición así como las de Tacna e Iquique: consiguieron llevar víveres y material de guerra a Mollendo y Pisagua, para finalmente poner en fuga a la corbeta **Magallanes,** que pudo salvarse porque la casi inútil máquina de la **Unión,** forzada al máximo, estuvo a punto de estallar.

"Sin una reparación completa e inmediata de la **Unión** —señala Aurelio García y García en el documento antes mencionado— que permita levantar, si no las 23 libras con que antes funcionaba la máquina a toda fuerza, 20 libras por lo menos, los servicios de este buque carecerán de importancia. De aquí, pues, que no hubiéramos podido alcanzar un andar superior al de 11 millas, mientras el enemigo (la corbeta **Magallanes**) corría las dos últimas horas con una velocidad superior a 12 y ½ millas".

La cañonera **Pilcomayo,** por otra parte, sobre la que tantas esperanzas se tenía en operaciones de caza, apenas si alcanzó 10 millas en Chipana, quedando por ello, después que su hábil comandante Antonio de la Guerra efectuara los primeros disparos de la contienda, fuera de batalla "y al fin de la pelea a distancia de más de cinco millas al sur".

En Chipana comenzó a verse que los marinos peruanos, pese a la inferioridad de su material, jamás dejaron de tener la iniciativa. Desafiando constantemente el peligro, con audacia e inteligencia, supieron sacar el mejor partido a sus viejos y maltrechos bu-

ques frente a una Escuadra que, por su poder, debió imponerse en pocos días o semanas. Chipana es, pues, el primer capítulo de una gesta, "del milagro de la guerra naval en la Guerra del Pacífico". Una conflagración en que la Marina peruana probó hasta la saciedad que era digna de la victoria, en tanto que la Marina chilena demostró que su triunfo no sería, "como no lo fue en efecto, sino el resultado inevitable de su superioridad material...".

PRIMEROS HOMENAJES A GRAU

La noticia se extendió por Lima presurosamente. Las campanas de las iglesias fueron echadas al vuelo en repique jubiloso. Una multitud excitada, vibrante, apretaba el paso con dirección a la Plaza de Armas. A cada instante se multiplicaban los vivas al Perú, a su Marina de Guerra y al Comandante Miguel Grau.

Ese día, 24 de mayo de 1879, a la 12:25 p.m. el telégrafo transmitió desde Mollendo este lacónico y triunfal mensaje: "Viva Perú - Prado Presidente... Huáscar e Independencia sorprendieron ayer (sic) en Iquique a la Esmeralda, Covadonga y La Mar. Huáscar echó a pique a Esmeralda. Independencia persigue Covadonga. Huáscar persigue La Mar. Caza segura. Este parte venido por expreso de Arica".

Sobre la 1:30 de la tarde la Plaza de Armas albergaba una gran multitud "que ebria de regocijo llenaba los aires con entusiastas vítores y que en su patriótico contento lo olvidaba todo, abandonando sus diarias faenas, para consagrarse sólo a la celebración del triunfo de la patria".

Hasta altas horas de la noche recorrieron las calles principales de la ciudad bulliciosos manifestantes

que agitaban banderas peruanas y bolivianas entonando, una y otra vez, con renovado fervor, el Himno Nacional. Un testigo presencial de los hechos anotó: "Aquello era verdaderamente conmovedor. Las gentes se abrazaban unas a otras, aun sin conocerse y todas las manos se tendían para estrechar la del compatriota, al pronunciar un ¡Viva el Perú! que hacía palpitar apresurado todo corazón peruano. Hemos visto llorar de gozo —añadía— a hombres encanecidos en los combates, y manifestarse fuera de sí a gente muy seria y circunspecta".

Las demostraciones patrióticas al saberse las primeras e incompletas noticias de las acciones navales ocurridas el 21 de mayo en Iquique, eran nuevos testimonios del afecto y confianza ilimitados que el pueblo limeño —y peruano en general— habían depositado en sus marinos. Ya el 17 de marzo cuando los estudiantes carolinos convocaron a un mitin protestando por la ocupación chilena del puerto boliviano de Antofagasta, un joven y fogoso orador, José Alvarado, había recitado un poema, del cual era autor, cuya última parte decía significativamente:

"Hasta quemar el último cartucho,
Batiremos al pérfido invasor.
Los hijos de los héroes de Ayacucho
¡No desmienten su audacia y su valor!
La usurpación despótica entre hermanos
¡Muy caro, Chile, te podrá costar!
En tierra te saldrán los bolivianos,
Y las naves peruanas en el mar" (1).

Declarada la guerra, los ataques de la Escuadra chilena a Pisagua, Huanillos, Mejillones y Mollendo, puertos indefensos, causaron una violenta y justificada indignación en la ciudadanía. Por eso, cuando el

(1) «La Opinión Nacional». Lunes 17 de marzo de 1879. p. 2, 5 col.

16 de mayo zarpó del Callao nuestra Escuadra rumbo al sur, llevaba tras de sí las esperanzas —tal vez demasiado optimistas— y el compacto apoyo espiritual de todo un pueblo. "Después de Dios, la audacia constante de nuestros marinos, que se lanzan a peligrosas empresas, sin parar mientes en los poderosos blindados del enemigo...", decía **"El Peruano"**, en esa oportunidad, expresando cabalmente el sentimiento nacional frente a los interrogantes angustiosos de la guerra.

Cuando se supo el triunfo del **Huáscar** sobre la Esmeralda y la victoria lógica —aunque no confirmada— de la **Independencia** sobre la **Covadonga**, de la que nadie dudaba, se dio plena expansión a un fervoroso civismo, a la convicción de que nuestros marinos habían hecho justicia al Perú. Los atacantes de puertos indefensos acababan de recibir, al fin, el castigo que merecían.

Fue en el marco de ese clima emocional especialísimo que Acisclo Villarán (1841-1927), poeta festivo, típico escritor bohemio de chispeante ingenio, compuso el que suponemos sea primer poema en homenaje a Miguel Grau durante la Guerra del Pacífico. No fue esta la única vez que Villarán cantó a la gloria del héroe de Angamos. Lo haría en diversas oportunidades a lo largo de su dilatada y fecunda trayectoria como periodista y hombre de letras.

Los versos, que a continuación transcribimos, se publicaron en la edición de la tarde de **El Comercio** ese falaz sábado 24 de mayo de 1879.

GRAU

"Hurra al valiente y sin rival marino
Que excediendo en valor al espartano,
Supo elevar el pabellón peruano
A una altura infinita en frágil pino.
La patria que confiaba su destino

A la certera y previsora mano
Del más digno y leal republicano,
Admirando la ciencia, aplaude el tino.

Una página ilustre en nuestra historia
El denodado capitán alcanza:
El triunfo es del Perú, de Grau la gloria.

En su carrera esplendorosa avanza
Y la Nación conservará memoria
De su orgullo, y su prez y su esperanza" (2).

Al día siguiente, en la tarde del domingo 25, llegó al Callao, procedente del sur, el vapor **Oroya.** Traía noticias detalladas del combate de Iquique y la falta nueva de la pérdida de la **Independencia. El Comercio,** en su editorial del 26 decía: "No venció a nuestra hermosa nave el enemigo; la ha abatido la fatalidad". En las calles de Lima, horas antes llenas de una bulliciosa multitud, reinaba ahora lúgubre silencio. El júbilo habíase trocado en dolor y desencanto.

---

(2)..«El Comercio», Sábado 24 de mayo de 1879. p 2, 6 col.

"MORIR POR LA PATRIA"

El jueves 3 de julio de 1879 se estrenaba en el Teatro Principal de Lima el "apropósito", en un acto y en verso, titulado **"Morir por la Patria"**. El autor, quien utilizaba el seudónimo de Don Javier de la Brocha Gorda, era el periodista y escritor boliviano Julio Lucas Jaimes (1845-1914), largos años radicado entre nosotros, redactor principal del diario pierolista **"La Patria"** y esposo de la distinguida escritora tacneña Carolina Freire de Jaimes.

Eran días de afirmación nacional, de exaltación patriótica y esperanza por las hazañas de Grau; de condena al agresor. **"Morir por la Patria"**, de Jaimes, **"El honor peruano"** y **"El bombardeo de Pisagua"**, ambos de Carlos Augusto Salaverry, junto con **"La guerra con Chile"** de Chabot —entre otros —eran "apropósito" que se representaban en el Principal con gran suceso de crítica y de público. No eran, claro está, consumadas obras literarias llamadas a perdurar, mas cumplían plenamente su cometido de enaltecer el patriotismo y el valor de nuestros marinos y soldados a propósito —como indicaba su nombre— de sucesos bélicos de reciente data y que habían causado gran impacto en la opinión pública.

La trama de **"Morir por la Patria"** era muy sencilla, ingenua, pero de efecto emocional indudable. Una matrona limeña, Teresa, tiene dos hijos: Juan y Raimundo. El primero de ellos, oficial de marina, es un dechado de virtudes y parte a la guerra en cumplimiento de su deber. El otro, por lo contrario, se queda en la capital "para tormento de su santa madre". Completaban el reparto Juanita, hermana adoptiva de los nombrados, un viejo maestro de escuela, amigo de la familia, quien no había podido corregir la mala conducta de Raimundo y Tomás, también marino y compañero inseparable de Juan.

Tomás —el personaje central de la pieza teatral— regresa con permiso a Lima y acude inmediatamente a casa de Juan. Allí la madre, la hermana adoptiva, el hermano y los amigos preguntan con inquietud por el ausente. Se produce entonces el siguiente diálogo:

Teresa — ¿Y mi hijo Juan?
Tomás — Allí queda.
Teresa — ¿Y por qué no vino ahora?
Tomás — En tierra le despedí.
Teresa — ¿En tierra?
Tomás — ¡Ah!, queda allí.
Teresa — ¿Descansando?
Tomás — Sí, señora.

El público, por la voz y los gestos de Tomás comprende la tragedia. Juan ha muerto y su amigo no se atreve a revelar la verdad. A Teresa, por su parte, no se le ocurre, no concibe que su hijo pueda ser una víctima más de la guerra. Finalmente el maestro de escuela —quien ya sabía la trágica noticia— acude en ayuda del atribulado Tomás y la descubre entre sollozos.

La madre, con entereza espartana, reprime su dolor y pide detalles al amigo. Tomás entonces recitaba los versos que el público aplaudía con más calor y

que, según los cronistas teatrales, arrancaban lágrimas de emoción:

"Por castigar la insolencia
De los audaces chilenos,
Salimos de gozo llenos
En la altiva "Independencia"...

Luego relataba la muerte de Juan ocurrida en la tragedia de Punta Gruesa el 21 de mayo de 1879.

"El triunfante bicolor
Lleva una bala certera.
¡Qué horrorosa confusión!
La encrespada mar bramando
Y el chileno asesinando
Náufragos mil en montón...
Un hombre... ¡Por Belzebú!
No era un hombre, era una fiera
Alza en alto la bandera
Gritando: "¡Viva el Perú!"
Mas, retumba allí el cañón...
Otro "viva" en voz muy fuerte
Y en cubierta cae inerte
Abrazando el pabellón
Era Juan..."

Conmovido por el heroico ejemplo fraterno, Raimundo, el hijo descarriado, se pone de rodillas ante su madre, le pide perdón por su desaprensivo proceder y en ese momento toma la decisión —que cumple— de empuñar las armas y dar la vida, si es preciso, por el honor del Perú.

Es interesante señalar que **"Morir por la Patria"** se inspiró en un suceso protagonizado por el valeroso Alférez de Fragata Guillermo García y García. Su hermano Narciso, quien le acompañaba a bordo de la **"Independencia"**, describe en una carta a su hermano mayor, el Capitán de Navío Aurelio García y Gar-

cía, la forma en que sucumbió el heroico oficial. "Ahora, mi querido hermano —le dice— me resta darte cuenta de la horrible tragedia que hemos sufrido: nuestro querido hermano Guillermo ya no existe. Murió como un valiente. Cayó, como herido por un rayo, bajo tres balas de ametralladora chilena, que recibió simultáneamente en el momento que hacía enarbolar en el palo mayor nuestra bandera en reemplazo de la que estaba en el piso y que acababa de caer junto con la mitad de ese palo. Esto sucedió después de perdido el buque, pues, aún en estas circunstancias, tuvimos que seguir batiéndonos con el enemigo que intentaba aprovechar nuestra situación".

Juan G. More, el Comandante de la **"Independencia"** dio cuenta en el parte correspondiente de la muerte heroica de Guillermo García y García, calificándolo como "uno de nuestros más inteligentes oficiales de marina". A su vez, José Luis Torres, en su **"Catecismo Patriótico"** dice que el joven oficial lo abandonó todo: familia, comodidades, fortuna, "para morir al pie de la driza de su bandera; en el sitio de honor, a estribor, a popa", sobre la cubierta ensangrentada de la **"Independencia.**

Sólo nos resta añadir que las hazañas y la inmolación de Miguel Grau, así como el heroismo de nuestros marinos y soldados en general, dieron argumento para muchos otros "aproposito" que se representaron con gran éxito tanto en Lima como en otras ciudades del país durante los años aciagos de la guerra con Chile.

IMAGEN DE NUESTROS MARINOS

La contienda que hace un siglo enfrentó al Perú contra Chile fue, en sus primeros meses, sólo una guerra naval. El amplio teatro de las operaciones se extendió desde Panamá, en el norte, y hasta el Estrecho de Magallanes, en el sur. En esa ocasión, como en todos los tiempos, nuestra primera línea defensiva fue el mar. Al respecto es muy significativo el mensaje que, apenas dos días después del Combate de Angamos, dirigiera Rafael Sotomayor —el hombre fuerte del Gobierno chileno— a su Ministro de Guerra: "Me voy a ocupar exclusivamente desde esta noche —le decía— de todo lo que se relaciona con el movimiento del Ejército".

Y es que, mientras Miguel Grau estuvo en el Huáscar, Chile no pudo desembarcar un solo hombre en nuestro territorio. Ese fue, como ha dicho el historiador venezolano Jacinto López, "el milagro de la guerra", en que un buque diminuto, de pobre blindaje, con escasa artillería, se convirtió en el escudo del Perú contra la invasión e hizo, solitario y glorioso, la obra de una escuadra. Mas esta campaña naval, a la que Grau dio acento épico, no podía ser interminable. La superioridad material de la escuadra chilena era tan grande que nadie dudaba de cuál sería el desenlace al momento en que chocaran fuerzas tan desiguales.

Entre abril y octubre de 1879 fueron, pues, marinos, los protagonistas de la guerra. A causa de ello, en Chile, había un gran interés por conocer los más amplios detalles sobre Miguel Grau y otros oficiales de marina peruanos. Con este fin, los primeros días de mayo, antes del Combate de Iquique, "El Independiente" de Santiago, solicitó a Rafael Vial un artículo con su opinión personal sobre nuestros más destacados jefes navales. Vial, quien había residido largos años en Lima, era buen conocedor de la vida política peruana y de sus más conspícuos personajes. No en vano era fundador de "El Nacional", órgano civilista, y se había desempeñado como director de "La Tribuna" hasta el día mismo de la declaratoria de guerra, por lo que se vio obligado a retornar a Chile donde fue recibido como un héroe.

Vial, en el artículo en mención, señalaba que era conveniente conocer al enemigo, analizando su capacidad profesional y sus características psicológicas más saltantes. Se ocupaba, en primer lugar, de Aurelio García y García. "La educación preparatoria de este marino —decía— fue tan completa como era posible; pero en la época que la recibió, el nivel intelectual del país (el Perú) estaba bastante abatido. Estaba dotado —prosigue— de una inteligencia clara y de un caracter perseverante y ambicioso, que le han servido de estímulo para perfeccionar sus conocimientos".

Como se recordará, en 1879, el Capitán de Navío García y García, pese a su relativa juventud, había ya ocupado importantes posiciones políticas, profesionales e intelectuales. Ministro de Manuel Pardo, diplomático, iniciador de las relaciones entre el Perú y los imperios de China y Japón, autor de varios libros técnicos, pertenecía, además, a una prominente familia limeña tanto en lo social como en lo económico.

Al referirse a Miguel Grau, decía el periodista chileno: "Se ha formado en la escuela del trabajo y

está dotado de gran actividad y de una firmeza tranquila, que le será útil en el combate. Su inteligencia y su instrucción son inferiores a las del señor García, y sin embargo, como jefe y como subalterno puede prestar servicios más importantes que su compañero y competidor, y lo llamamos competidor, porque entre ellos existe una rivalidad profunda que apenas se contiene dentro de los límites de la cortesía".

Es evidente que Vial trata de incordiar y supone "una rivalidad profunda" entre los dos marinos peruanos. Lo cierto es que si bien discreparon en algunas oportunidades por asuntos profesionales o políticos —los dos eran civilistas— esto no fue motivo para que en ningún momento se empañara la buena amistad y el respeto que ambos se profesaban.

"Tanto el señor García como el señor Grau —sostiene Vial en otro acápite— son más bien marineros que artilleros, lo que da a nuestros jefes una ventaja positiva sobre ellos, porque el marinero ha sido reemplazado por el mecánico y el artillero tiene cada día mayor importancia". Finalmente, con respecto a Grau dice: "El señor Grau es vigilante y severo en la disciplina, y se le tiene generalmente por bravo... Estamos persuadidos —concluye— de que cuando se presente la ocasión el señor Grau cumplirá su deber". Vial conocía bien el temple moral de nuestro héroe y no se equivocó. Grau supo siempre cumplir con su deber.

Cuando se ocupa de Juan Guillermo More, el desventurado y heroico comandante de la fragata "Independencia", Vial elogia "su moderación y buenas maneras". Pero añade malévolo: "no reúne las calidades de carácter y de ciencia que demanda el mando de un buque". De Nicolás Portal, quien fuera Comandante de la corbeta "Unión", dice: "Tiene alguna práctica de mar, y parece dotado de energía, pero le falta inteligencia y ciencia". Y concluye: "Portal, como Prefecto de Iquitos, dio pruebas de una honradez incontrastable".

No son escasos los testimonios chilenos en donde encontramos opinión sobre los oficiales de marina peruanos, que dirigieron la campaña naval de 1879. Todos tienen un denominador común: bajo el disfraz de una pretendida objetividad buscan deprimir o desmenguar la trayectoria de los hombres que, con pericia, experiencia, valor y generosidad, suplieron abrumadoras desventajas materiales para sucumbir gloriosamente en una guerra que de antemano estaba perdida. Si hemos recordado el artículo de Vial en "El Independiente" de Santiago es porque fue uno de los primeros en que se abordó el tema y porque su autor, como ya quedó dicho, disfrutó durante largos años de la hospitalidad peruana.

LA HORA DEL TRIUNFO

El jueves 17 de julio de 1879 zarpaban de Arica el "Huáscar" y la "Unión" para realizar, en apenas pocos días, una serie de hazañas que componen una de las páginas más brillantes de la campaña naval de hace un siglo. Recorriendo gallardamente la costa enemiga, los buques peruanos apresan a la fragata chilena "Adelaida Rojas" y al bergantín "Saucy Jack" para luego presentarse ante los puertos artillados en son de combate.

"¡Cuán distinto modo de hacer la guerra!", escribió José Rodolfo del Campo, corresponsal de **"El Comercio"**, embarcado en la "Unión". "Los chilenos, incendiando poblaciones indefensas y huyendo cobardemente de nuestros puertos fortificados; nosotros, presentándonos en sus puertos artillados a provocarlos al combate; los chilenos, huyendo despavoridos a la vista de los buques peruanos y de sus embarcaciones, siempre que se destacaban a destruir sus elementos de comercio; nosotros, rechazando heroicamente, como en Pisagua y Mollendo, a toda embarcación chilena; los chilenos, escondiendo a vista del enemigo el pabellón de su patria; los peruanos, ostentando en todas partes su glorioso bicolor".

El 22 de julio los buques peruanos entraron al puerto de Caldera comunicándose con la tripulación del vapor "Colombia", de la Compañía Inglesa del Pacífico. Fue entonces, todo lo indica así, que se enteraron que el transporte chileno "Rímac" había partido de Valparaíso el día 20 con rumbo a Antofagasta. Grau, instantáneamente, hizo una cuenta mental: ese buque debía llegar el 23 a su destino.

De inmediato el comandante del "Huáscar" tomó acción acordando con Aurelio García y García, Comandante General de la "Unión", reunirse con sus buques al día siguiente a veinte millas de Antofagasta "entrando simultáneamente a este puerto —dice Aurelio García y García en su Parte Oficial— el primero por el norte y la "Unión" por el sur, navegando durante la noche para proceder de conformidad con ese plan". El plan de operaciones de Grau era minucioso, matemático, el "Rímac" no podría escapar.

En la madrugada del 23, con las primeras luces, el "Rímac" navegaba en la boca de la bahía de Antofagasta y su capitán distinguió un buque al parecer el "Cochrane", aunque en verdad era la "Unión". Poco después, cuando se hubo aproximado cerca de cuatro millas, reconoció su error cambiando súbitamente el rumbo hacia el oeste. Entonces nuestra corbeta, levantando vapor al máximo, inició una tenaz persecución del transporte que se prolongó cerca de cuatro horas acortándose la distancia entre ambos buques a menos de seiscientos metros.

En esta circunstancia y mientras la "Unión" seguía las aguas del "Rímac" hostilizándolo con sus cañones, surgió de improviso el monitor "Huáscar" cerrándole el camino por la proa. Víctima de una celada cabal, el transporte chileno no pudo hacer otra cosa que rendirse.

La presa era valiosísima. Se trataba de un vapor nuevo, en magníficas condiciones, que transportaba

al regimiento de caballería "Carabineros de Yungay", de 240 plazas, con equipo completo y las correspondientes cabalgaduras. Llevaba, además, 300 rifles Comblain con 200 mil tiros, carabinas Remington y otras armas, así como 400 toneladas de buen carbón inglés y víveres frescos.

Pero las repercusiones políticas de la captura del "Rímac" fueron aún más importantes que las de índole material, tanto en Lima como en Santiago. Como es lógico suponer, entre nosotros la noticia fue recibida con júbilo indescriptible. Las campanas de los templos fueron echadas al vuelo y espontáneas manifestaciones patrióticas recorrieron las calles de la ciudad.

"La expedición última del "Huáscar" y de la "Unión" en los puertos chilenos —decía el diario **El Nacional**— ha puesto nuevamente en transparencia la audacia de nuestros marinos, así como su pericia, para hacer con rapidez, en unas cuantas horas, lo que las naves chilenas no han podido realizar en cuatro meses, a pesar de las fanfarronas amenazas de los que las tripulan". En esa hora esperanzada y de euforia, los diarios prodigaron los más encendidos elogios a nuestros marinos, en especial a Miguel Grau y a Aurelio García y García, los grandes protagonistas de la captura del **Rímac**, el hecho culminante de esa incursión triunfal.

La seguridad de todos los peruanos, desde el primer día de la guerra, seguía confiada a sus marinos. Dos débiles pero invictos buques eran el único escudo, la primera y eficaz defensa de nuestra patria. "No es el momento de pensar en la paz —clamaba en un editorial **La Patria**—, es necesario que el Perú triunfe y humille por completo a su enemigo". La verdad era que la opinión pública, estimulada por el éxito alcanzado, exigía, con vehemencia y exagerado optimismo, más y más lauros a la Marina de Guerra.

En Santiago, al mismo tiempo, la captura del "Rímac" era considerada "como un hecho terrible que tiene abrumado el espíritu del país". La indignación pública fue incontenible. El populacho insultaba al Presidente Aníbal Pinto y algunos exaltados agredieron al general Basilio Urrutia, Ministro de Guerra, provocando su inmediata renuncia que trajo consigo la de todos sus colegas del Gabinete.

Pocos días más tarde, el 11 de agosto, el Jefe del Estado chileno escribía a Rafael Sotomayor en los términos siguientes: "La interpelación del Senado y las escenas vergonzosas acaecidas con motivo de la pérdida del "Rímac" me han dejado la convicción de que nunca debimos comprometernos en guerra".

El historiador chileno Gonzalo Bulnes, hermano del comandante del batallón "Carabineros de Yungay", Manuel Bulnes, hecho prisionero en el "Rímac", polemizó acremente con Eulogio Altamirano, Intendente de Valparaíso, a quien acusaba públicamente de ser el causante del desastre. "La desgracia que hoy lamentamos —decía quien años más tarde escribió la Historia de la Guerra del Pacífico— no pertenece a la categoría de esos accidentes de la guerra que no es posible evitar. Por el contrario, se han acumulado en este hecho todas las faltas que la imprevisión puede poner al servicio de la más completa ignorancia de las cosas del mar".

El 25 de julio llegaban a Arica el "Huáscar" y la "Unión". Ajenos a los merecidos aplausos y a los elogios, los comandantes de ambos buques pensaban sólo en su deber, en la continuación de la campaña, plenamente conscientes de que la superioridad material del enemigo terminaría por imponerse si no se les hacía llegar, de inmediato, los elementos y refuerzos que angustiosamente necesitaban.

Miguel Grau y Aurelio García y García, sin perder un instante, planearon una nueva y audaz opera-

ción, vale decir, tomaban otra vez la iniciativa. Apenas en cuestión de horas se decidió que la corbeta "Unión" partiera hacia el Estrecho de Magallanes a interceptar un buque alemán que conducía un importante cargamento de armas para Chile. "Es una circunstancia que hace honor a la Marina peruana —dice Gonzalo Bulnes— la prontitud con que cumplía las órdenes que recibía. No hacía 36 horas que García y García había vuelto a Arica después de la captura del "Rímac", cuando zarpaba de nuevo para el largo crucero hasta el Estrecho de Magallanes, en pleno invierno, por mares peligrosos, habiendo antes rellenado sus carboneras y surtídose de víveres".

En el puente de la corbeta "Unión" Miguel Grau y Aurelio García y García se dieron el adiós con un estrecho abrazo, en silencio, ambos sabían que en la guerra toda despedida podía ser la última.

EL ASCENSO DE GRAU

En la sesión de la Cámara de Diputados del 1º de agosto de 1879 fue admitida a debate una proposición de los representantes Unzueta, Valle, Elías, Machuca y Vega, Canevaro, Manzanares, Eguiguren y Moreno y Maiz para que se concediera la clase de Contralmirante al Capitán de Navío Miguel Grau Seminario "y otros premios a los jefes, oficiales y tripulantes del monitor Huáscar, por los hechos heroicos que han realizado en los combates de Iquique y Antofagasta".

Era el reconocimiento oficial a los notables servicios del gallardo comandante y de sus esforzados compañeros que a bordo de un pequeño buque habían mantenido al tope la honra de nuestro pabellón a lo largo de una dura y ya prolongada campaña naval. Los diputados que pedían el ascenso para Grau, por otra parte, se hacían eco de un anhelo que estaba presente en la conciencia de todos y cada uno de los peruanos.

El 12 de agosto la Comisión de Premios de la Cámara de Diputados, integrada por los señores Mariano Giraldez, Federico Machuca y Vega, Modesto Macedo, Juan Canevaro y Juan de la C. Eduardo, presentó un proyecto que en su parte resolutiva señala-

ba: "Art. 1º— El Congreso declara digno de ser elevado a la alta clase de Contralmirante de la Escuadra Nacional, al Capitán de Navío D. Miguel Grau; y lo recomienda al Ejecutivo para que lo proponga conforme a la Constitución". Cuatro días más tarde, en la sesión del 16, la Cámara de Diputados, como era previsible, aprobó por unanimidad tan justo y merecido ascenso.

Conviene recordar que en el Escalafón Naval de 1876 había sólo dos contralmirantes: Domingo Valle Riestra, con antigüedad del 14 de abril de 1854 y Lizardo Montero, con antigüedad del 3 de marzo de 1875. Nótese que por espacio de 21 años ningún oficial de Marina pudo llegar a la clase de Contralmirante. Por entonces se consideraba que la culminación de la carrera era el grado de Capitán de Navío, otorgándose el inmediatamente superior sólo a quienes prestaban al país servicios realmente excepcionales. Miguel Grau, Camilo Carrillo y Aurelio García y García tenían la clase de Capitanes de Navío desde el 23 de abril de 1873.

La Constitución de 1860, vigente al momento de la guerra con Chile, establecía en su Art. 59º, atribución 18º, que correspondía al Congreso aprobar o desaprobar las propuestas que, con sujeción a la Ley, hiciese el Poder Ejecutivo "para ascensos a Generales del Ejército y de la Marina, y para Coroneles y Capitanes de Navío efectivos".

Al conocerse que en la Cámara de Diputados se había aprobado el ascenso del vencedor de Iquique, los diarios limeños —que desde los primeros días de junio habían venido apoyando la idea— expresaron unánime complacencia. El civilista **"El Nacional"** señalaba que la recompensa a Grau "era necesaria". Por su parte **"El Comercio"**, en vibrante editorial, decía: "Este dictamen es la fiel expresión del sentimiento nacional; y no dudamos de que el Senado y el Ejecutivo autorizarán, muy en breve, con su elevada san-

ción, este veredicto del voto popular". Y añadía a continuación: "El Comandante Grau ha sabido colocarse a la altura del puesto que ocupa. Debido a sus esfuerzos personales, a su perseverancia, a su inquebrantable firmeza, el glorioso "Huáscar" pasea triunfante por los mares de Chile la bandera de nuestra patria y, donde quiera que se presenta, los enemigos se sienten sobrecogidos del pánico".

En la sección Orden del Día de la sesión de la Cámara de Senadores del 15 de agosto de 1879 se vio el proyecto enviado en revisión por la Cámara de Diputados sobre el ascenso del Comandante del "Huáscar". Dando el punto por discutido se procedió a votar y fue aprobado por unanimidad. Inmediatamente el Senador Riva Agüero pidió a la Presidencia que en el oficio en el cual se comunicaría al Ejecutivo la aprobación del acuerdo relativo al ascenso, se remitiera también copia del dictamen de la Comisión de Premios de la Cámara de Diputados que tanto honraba, y con justicia, al ilustre marino. El pedido fue aprobado al instante.

El 22 de agosto el General Manuel de Mendiburu, Ministro de Guerra y Marina, dirigió a la Cámara de Diputados una comunicación del General Luis La Puerta, Primer Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo. El documento hacía constar que el Gobierno había recibido la recomendación del Congreso en favor de Miguel Grau "para que se le proponga de Contralmirante de la Armada Nacional". Como el Ejecutivo encontraba atendible el pedido "por cuanto el referido jefe es acreedor al ascenso, no ha trepidado en hacer la propuesta complaciendo así a la Representación Nacional en un asunto bajo todos conceptos justo".

En un oficio adjunto el General La Puerta — siempre a través de su Ministro Mendiburu— hacía mil disquisiciones sobre lo poco dispuesto que siempre había estado a conceder ascensos las veces que le tocó

ocupar el cargo de Ministro de Guerra y Marina o la jefatura accidental del Estado. Señalaba que hacía dichas atingencias "con sólo la mira de que los agraciados recuerden siempre que la Patria, a la que tienen el deber de servir y sacrificarse por ella sin derecho a recompensa alguna, ha quedado satisfecha del exacto cumplimiento de la obligación del ciudadano".

Ese mismo día 22 la Cámara de Diputados, en votación nominal por balotas, aprobó unánimente la propuesta del Ejecutivo ascendiendo a Contralmirante al Capitán de Navío Miguel Grau Seminario. Al día siguiente, sábado 23 de agosto, la Cámara de Senadores conoció también la propuesta y "sin que ningún señor senador hiciera uso de la palabra fue aprobada por unanimidad". Para los demás miembros de la dotación y tripulantes del "Huáscar" se concedía medallas, difiriendo los posibles ascensos hasta el final de la campaña.

En la noche del 23, la casa de los Grau vio llegar decenas de amigos que expresaban su enhorabuena a la esposa y demás familiares del héroe. La satisfacción ciudadana por el ascenso fue jubilosa y se expresó durante los días siguientes en todos los diarios de la capital. Juan de Arona, en un poema que publicó en **"El Comercio"** del 25 de agosto, expresaba con brillo literario y verdad lo que todos los peruanos sentían en ese momento por Miguel Grau; lo que esperaban del marino que se había convertido en símbolo de seguridad y esperanza para un pueblo que aún confiaba en la victoria: **"Piadoso Eneas, gladiador cristiano, / Héctor que amparas la peruana tierra / Atlas, que todo el peso de la guerra / Soportas con esfuerzo sobrehumano. / Si ayer, del enemigo hiciste vano / El poder colosal que ya no aterra, / Hoy del frágil esquife que te encierra, / Has hecho el campeón del Océano. / De llíada y de Odisea es tu victoria; / El Perú tiene en tí los ojos fijos; / ¡Cómo envidio tu página en la historia! / ¡De tu noble vejez los regocijos! / ¡El esplendor de tu futura gloria, / Y el nombre que trasmitas a tus hijos".**

GRAU, LA ARGENTINA Y EL PERU

A Buenos Aires, al igual que a otras capitales de América y Europa, habían llegado, desde que se inició la contienda entre el Perú y Chile, sonoros ecos de las hazañas del monitor **"Huáscar"** y de su gallardo comandante. En los más diversos círculos bonaerenses se comentaban con entusiasmo las noticias que traían los diarios y se elogiaba la pericia, audacia y magnanimidad de Miguel Grau quien, pese a la evidente inferioridad material de su buque, tomaba siempre la iniciativa obteniendo resonantes éxitos en una guerra naval que gracias a él se dilataba ya por largos meses.

El 28 de julio de 1879, en que se conmemoraba el 58º aniversario de nuestra independencia, fue la oportunidad escogida por un numeroso grupo de estudiantes universitarios de Buenos Aires para testimoniar su admiración por Grau y adherirse públicamente a la causa del Perú. Ese día más de dos mil personas acudieron al Hotel Frascati, en la calle Maipú, entre Rivadavia y Piedad, donde funcionaba la legación peruana cuyo jefe era el Ministro Plenipotenciario Aníbal Víctor de la Torre.

Una comisión de jóvenes acompañada por el Brigadier General Juan Pedernera, uno de los últimos granaderos a caballo que luchó por nuestra independencia

al lado del Generalísimo San Martín, escoltado a su vez por jefes de la marina argentina, ingresó al hotel y puso en manos del emocionado doctor de la Torre un hermoso álbum de cuero cuya dedicatoria, en letras de oro, era la siguiente: **"La juventud de Buenos Aires interpretando el sentimiento de la República Argentina presenta este álbum al comandante del monitor peruano "Huáscar" —ciudadano— —marino— caballero— cristiano y héroe, en testimonio de la admiración y respeto que le han producido sus hazañas cívicas y militares que renuevan en América la energía y el valor de los tiempos de la independencia".**

Aníbal Víctor de la Torre agradeció la ofrenda con un vibrante discurso en cuya parte medular señaló; "Estad seguros, señores, que el comandante Grau conservará el recuerdo que le enviáis como un timbre glorioso, y será la más bella recompensa a que podrá aspirar el que ha conquistado con la hidalguía y generosidad de los héroes a los que no vacilaron en bombardear pueblos indefensos y trenes que conducían mujeres, niños y ancianos".

Al concluir su discurso el diplomático peruano hicieron también uso de la palabra Antonio Onetto, director del diario en idioma italiano "La Patria" y el director de "La América del Sur", que concluyó su discurso con una dramatica oración: "!Que la espada del Perú siegue el campo de la conquista! ¡Que el sol de este día calcine las raíces de la planta maldita! ¡Que el Perú triunfe! ¡Dios mío!".

Antes de pasar al "lunch" que ofrecio de la Torre a sus entusiastas y generosos visitantes, se adelantó un joven de apenas 17 años, Martín García Merou —más tarde distinguido escritor y diplomático— y pidió licencia para recitar un poema que había compuesto poco antes en honor del **"Huáscar"**. Ante un silencio expectante, con la voz trémula por la emoción, inició los versos que a través de los años hemos aprendido con unción los peruanos y que en su primera estrofa dicen:

"Allá va... Solitario entre las brumas/ Se confunde en la sombra su silueta/ Con el oscuro cielo,/ Las pálidas espumas/ Y los reflejos de la mar inquieta...!/ Su generoso anhelo/ Lo empuja a la victoria/ En medio del embate de la suerte;/ Murmura el viento que lo mece; ¡muerte!/ Y el mar rugiente le responde: ¡gloria!".

García Merou, arrebatado por la exaltación, terminó de recitar entre sollozos y una ovación ahogó sus últimas palabras. Aníbal Víctor de la Torre lo abrazó estrechamente mientras repetía en alta voz: **"¡Argentina y el Perú juntos, ahora y siempre, sólo así podrá detenerse la voracidad del país que se ha convertido en el Caín de América!".**

Esa misma noche, alrededor de seis mil personas, principalmente universitarios, militares y marinos, se reunieron en la esquina de las calles Potosí y Perú y llevando a la cabeza una banda de música y las banderas peruana y argentina, marcharon por las calles más importantes de Buenos Aires para concluir ante nuestra legación. Allí, nuevamente, Aníbal Víctor de la Torre los recibió con un discurso que fue seguido por varias otras improvisaciones, en las cuales se exaltó la fraterna amistad entre los dos países nacidos a la independencia bajo la sombra tutelar de José de San Martín.

García Merou, quien había llevado nuestra bandera, fue obligado a recitar de nuevo su poema y un alumno del Colegio Militar de Palermo, José Riquier, dijo entre grandes ovaciones que todos los cadetes argentinos estaban dispuestos a luchar por el Perú en contra del perturbador de la paz de América.

Recién a las once de la noche se dispersaron los últimos entusiastas manifestantes. Aníbal Víctor de la Torre —quién falleció poco después— pasó entonces a su escritorio a redactar el borrador de la comunicación que dirigió al día siguiente a su Cancillería en Lima dando cuenta de tan gratas y alentadoras noticias. Desde su ventana, a la tenue luz de un farol de gas,

pudo ver que frente al Hotel Frascati, estrecha y simbólicamente enlazadas sobre un poste, habían quedado las banderas de Argentina y del Perú.

Ese mismo 28 de julio, a la misma hora, a miles de kilómetros de distancia, en Arica, Miguel Grau culminaba los aprestos de su buque para zarpar de nuevo en pos de la gloria y la inmortalidad.

GRAU Y ALZOGARAY

Cada vez son más numerosos los testimonios históricos corroborando la profunda admiración, el entusiasmo sin límites que despertaron en el mundo entero las hazañas de Miguel Grau y del legendario monitor "Huáscar".

En la Argentina, principalmente, siguióse paso a paso —gracias a los telegramas y a las crónicas de los corresponsales de guerra que publicaban los diarios porteños y del interior— cada una de las correrías del gallardo marino peruano a quien por su pericia y magnanimidad ya se le nombraba como el Caballero de los Mares.

Particularmente significativo fue el afecto y fervor que cobró por nuestro héroe el anciano Coronel de Marina Alvaro J. de Alzogaray, figura patricia de la Armada argentina quien en sus años mozos había servido como ayudante del Almirante Guillermo Brown acompañándole en todos los combates. Fue Alzogaray quien en la jornada heroica de Los Pozos transmitió la orden espartana del prócer irlandés: "¡Fuego rasante que el pueblo nos contempla!".

En los primeros meses de 1879 Alzogaray encontrábase muy enfermo. Cargado de años, fama y no-

toriedad, el viejo oficial de marina tenía en los últimos días de su vida sólo una gran inquietud: conocer todos los detalles posibles sobre la campaña naval que por entonces libraban el Perú y Chile. "Durante las cinco últimas horas de fatiga sofocante previas a su muerte —referiría su hijo Alvaro—, se hacía leer los telegramas del Pacífico pidiendo se observase con exactitud la hora de darle medicina para prolongar una vida que había de ver terminar gloriosamente la carrera soberana del "Huáscar" por los mares".

Para dejar testimonio de sus sentimientos hacia Grau el anciano marino dictó una carta y, pocos momentos antes de morir, pidió se la leyesen. "Manifestó gran contento con su texto y deseos de firmarla —decía su hijo—, pero esa vitalidad que se erguía al influjo de la aspiración predominante de su espíritu; el amor a las glorias navales, desapareció, inclinó la cabeza para no levantarla más". En efecto, el 31 de julio de 1879 fallecía en Buenos Aires el Coronel de Marina Alvaro J. de Alzogaray dejando ejemplo imperecedero de "ese valor intrépido y sereno" que alabara alguno de sus jefes más distinguidos.

Cumpliendo un deber filial su hijo Alvaro, el 20 de agosto de 1879, escribía a Miguel Grau remitiéndole la carta ordenada por su padre y, al mismo tiempo, le decía: "Era Ud., señor, la síntesis de su ideal como marino y valiente; y hasta el postrer instante de su vida guardó el ávido interés que desde el principio le inspiró la marcha triunfante del Huáscar".

La misiva de Alzogaray a Grau estaba redactada en los siguientes términos; **"No soy de los primeros, ni seré el último, pero sí tal vez de los pocos que, en ese concierto de voces moduladas en su loor, envíe a Ud. la manifestación íntima, sincera de su más alta aprobación y simpatía.**

El destino me ha permitido llegar a una época en que una nueva gloria del arte de la guerra, en América,

recuerda las hazañas del General Brown, mi antiguo jefe. Será una de las grandes satisfacciones de mi ancianidad ver que la serie de triunfos obtenidos por el genio del Comandante Grau, sea coronada siempre por la victoria y compensada por la gratitud de sus compatriotas.

Será asimismo grande mi contento, si Ud. acepta las expresiones de entusiasmo de quien puede apreciar justamente sus excepcionales condiciones. De Ud. atentamente y S.S.Q.B.S.M., Alvaro J. de Alzogaray".

No es difícil comprender la férvida exaltación de Alzogaray por las hazañas del jefe sin miedo y de la oficialidad sin tacha. Propios y extraños, a través de un siglo, nos hemos inclinado, reverentes, ante la figura de Grau quien es y será cimero ejemplo de admirables paladines.

GRAU Y UN PERIODISTA ARGENTINO

Hay un testimonio histórico valiosísimo sobre Miguel Grau en las horas previas a su inmolación en Angamos. Proviene de Benito Neto, destacado periodista argentino, afincado muchos años en el Perú, corresponsal de guerra del diario limeño **La Patria**, embarcado indistintamente en el **Huáscar** o en la corbeta **Unión** durante la campaña naval de 1879.

Neto, junto con José Rodolfo del Campo, corresponsal de **El Comercio**, estuvo a bordo de la **Unión** cuando en la madrugada del 1º de octubre zarpó de Arica, junto con el monitor, para efectuar una nueva correría —esta vez la postrera— por el litoral chileno.

Las diversas incidencias de la travesía fueron recogidas por Benito Neto en una crónica minuciosa, emotiva, palpitante. El día 7, la víspera del combate, mientras se transbordaba carbón de la corbeta al monitor, el Contralmirante Grau fue a bordo de la **Unión** para conferenciar con el Comandante General Aurelio García y García y con el Capitán de Navío Nicolás Portal.

"Era la hora del almuerzo —recuerda Neto—, así es que pocos minutos después vinieron a llamarnos a todos los que comiamos en la mesa de los expresa-

dos jefes, y eramos el Segundo Comandante señor Salaverry, el Capitán de Fragata señor Pérez, el Comandante doctor Flores Guerra, el Teniente de la Torre Bueno y el que esto escribe.

Con aquella afabilidad y modestia que empleaba en todos sus actos, comenzó Grau por demostrar su complacencia de hallarme a bordo a la par que a lamentar que hubiera elegido una excursión que no prometía grandes resultados.

Yo me apresuré a intentar demostrarle que, dadas las condiciones en que se encontraba nuestra marina, expedicionar por aquellas alturas, a las puertas de Valparaíso burlando a la escuadra chilena, era algo muy satisfactorio y glorioso que complacía y llenaba de orgullo al país y al ejército. Además, mi jefe, díjele en son de cháchara, ya tenemos una presa.

—Eso no vale ni el carbón que hemos gastado en el viaje; me contestó sonriendo.

—Pero la vamos a hacer ahora, exclamó el Comandante Portal siguiendo la broma. ¡Esa sí que será importantísima!

—¿Cuál?, preguntó Grau.

—La **Chacabuco,** donde está Viel tu concuñado, y como se descuide le echamos a pique.

—Si señor, nada de conmisceraciones como con el **Matías Cousiño,** dijimos algunos.

—¡Ah!, es que yo quería llevármelo! replicó Grau, cogiendo al vuelo la indirecta.

Y a propósito de Viel, nos refirió las persecuciones que había sufrido en Chile el Capitán de uno de los vapores, a quien había encomendado la entrega de una carta a la esposa del marino chileno, hermana, como se sabe de su señora, en la cual no se hablaba una sola palabra de política.

Así han correspondido nuestros enemigos a la caballerosidad e hidalguía del ilustre mártir.

En seguida versó la conversación sobre la **bola que** nos habían endilgado del desembarco en Iquique; sobre la tremebunda alarma en Coquimbo y varios otros incidentes del viaje.

Al cabo de un rato, desentendiéndose de nuestra charla de sobremesa y dirigiéndose al señor García y García, exclamó:

—Esta noche recalamos en Antofagasta.

Como la conversación recaía ya sobre asuntos importantes del servicio, excepto aquél y el Comandante Portal nos levantamos de la mesa todos los demás a fin de dejarles en completa libertad y sosiego para acordar lo conveniente.

El Comandante Flores Guerra y yo nos fuimos a la cámara de oficiales.

Cuando después de algunos momentos subimos a cubierta nos encontramos con Portal, que nos dijo con toda solemnidad: "los saludo a ustedes muy afectuosamente en nombre del señor Contralmirante Grau".

¡Se había ido!

¡Quién hubiera imaginado que habíamos perdido la oportunidad de dar al noble y esclarecido marino el último, el eterno adiós".

Benito Neto, al igual que otros valientes y generosos argentinos, vistió el uniforme peruano durante la guerra con Chile. Con el grado de Sargento Mayor cumplió destacada actuación en las jornadas bélicas del sur que culminaron con la captura de Arica por el invasor.

Concluida la contienda, Neto reinició sus actividades periodísticas en Lima como redactor de **El Bien Público,** falleciendo al poco tiempo en esta capital, el 10 de noviembre de 1884. En su sepelio tanto el gobierno como la ciudadanía tributaron sentidos y justicieros homenajes a este gran periodista, amigo leal del Perú de todas las horas.

LA MUERTE DE GRAU

En la Crónica de la Guerra de 1879, que se viene publicando en **"El Comercio"**, apareció hace pocos días el fragmento de una carta suscrita por Manuel Elías Bonnemaison, uno de los más jóvenes integrantes de la dotación del monitor **"Huáscar"** y testigo presencial del combate de Angamos. Dicho documento tiene una versión muy singular de la forma en que murió el almirante Grau y, por dimanar de quien sobrevivió hasta 1961 convirtiéndose en una verdadera reliquia viviente, debe ser esclarecido cumplidamente.

Dice Elías Bonnemaison: "El contralmirante Grau perdió una pierna dentro de la torrecilla de mando; varios oficiales lo cargaron y lo llevaron a la segunda cámara, donde estaba establecido el hospital de sangre. En el tránsito el bravo Grau, mortalmente herido, vivó al Perú y entusiasmaba a los que estaban a su alrededor, recomendándoles que pelearan hasta sucumbir; que si caían los oficiales superiores, continuaran batiéndose".

Y añade: "Grau fue depositado en la cámara, y en los momentos en que el doctor Távara iba en busca de su caja de instrumentos para auxiliarlo, una segunda bomba, aquélla que entrando por la popa salió por la proa del buque, tomó al bizarro contralmirante a su

paso, le arrancó un brazo y lo estrelló contra uno de los mamparos" (1).

Esta versión particularisima, que no fue desmentida nunca por su autor y que contradice las múltiples, oficiales y muy parecidas explicaciones de la muerte instantánea de Grau, cuyo cuerpo fue destrozado por una granada, tiene, a nuestro entender, una justificación razonable. Manuel Elías, casi un niño, escribe esa carta muy poco después del combate, todavía bajo un fuerte impacto emocional, caundo tiene aún en las retinas las dantescas imágenes de sangre, muerte y desolación sobre la devastada cubierta del **"Huáscar"**.

En esa circunstancia tan especial, los sobrevivientes peruanos —prisioneros en buques chilenos— confusos, abatidos, en su gran mayoría heridos, quieren sólo, mediante cartas, tranquilizar a sus angustiados familiares y transmitirles los primeros ecos de la epopeya que acababan de protagonizar. Elías Bonnemaison no fue el único que se equivocó respecto a la forma en que murió Grau. Esto queda corroborado por una información aparecida en el diario **"El Mercurio"** de Valparaíso —cuando el **"Huáscar"** cautivo llegó a ese puerto— en donde se menciona lo siguiente: "El comandante (Grau) acostumbraba dirigir los combates manteniendo la cabeza y el busto fuera de la torre, y fue, por consiguiente, cortado en dos a la altura de las caderas; cayeron las piernas al entrepuente, mientras toda la parte superior del cuerpo, seguramente hecha pedazos con la explosión de la granada, voló al agua o a cubierta, de donde los restos rodarían fuera del buque".

"La gente de abajo —prosigue **"El Mercurio"**— aturdida con la explosión y comprendiendo que su comandante había muerto, buscó en la oscuridad y encontro un cuerpo que fue llevado a popa y entregado al

---

(1) Publicado en "El Comercio" del 17-10-1879. Ed. de la tarde, pág. 1.

cirujano señor Rotalde como los restos del comandante; los doctores vieron después que aquél era el cadáver del Teniente 1º Diego Ferré, tercer comandante del buque y muerto por la misma granada que último al comandante. Nace de esa equivocación — concluye el diario citado— la historia de haber sido Grau trasladado a su cámara donde una bomba lo hizo pedazos; ella es errada. Grau murió instantáneamente y de sus restos sólo ha sido posible recuperar las piernas que han sido debidamente encajonadas".

Tenemos aquí explicada la información que diera **"El Comercio"**, hace un siglo, tomando como fuente la carta de Elías Bonnemaison a sus padres. Lo cierto es, como señaló Melitón Carvajal en el Parte Oficial del combate, que "un proyectil chocó en la torre del comandante, la perforó y estallando dentro hizo volar al contralmirante señor Grau... y dejó moribundo al teniente 1ro. don Diego Ferré que le servía de ayudante".

Es pues muy posible que al moribundo Ferré se le intentara auxiliar llevándole a la cámara y que alguno de los oficiales o tripulantes que conducían el cuerpo diera los gritos de aliento patriótico que debió escuchar Elías Bonnemaison creyendo que eran lanzados por Grau.

De otro lado, el Parte del Jefe de la escuadra chilena, Galvarino Riveros, dice lo siguiente: "Desde el **"Blanco Encalada"** uno de esos botes, al mando del mayor de órdenes de la escuadra, se dirigió al **"Huáscar"** para tomar allí a los señores jefes de aquel blindado. Momentos después volvió ese bote a bordo trayendo la triste noticia de que el comandante Grau había muerto, arrebatado por un proyectil. Su cadáver había desaparecido".

Posteriormente en **"La Patria"** de Valparaíso se publicó un relato sobre la epopeya de Angamos que, en la parte que nos interesa señala: "A la media hora justa de empezado el combate, una granada del **Cochrane** chocó contra el blindaje de la torre del jefe del **Huás-**

car, haciendo explosión y despedazando a Grau, quedando en la torre solamente los pies, adheridos a cuatro o cinco pulgadas de las piernas. Aquello debe haber sido horrible. Los restos del caballeroso Grau deben haber volado al mar, pues no ha sido posible encontrarlos".

Creemos, sin embargo, que uno de los más valiosos testimonios sobre la muerte de Grau es el de Carlos B. Tizón —aspirante de marina como Elías Bonnemaison y casi de su misma edad— en una carta enviada a su padre Amaro G. Tizón, desde San Bernardo (Chile) donde se encontraba prisionero.

"Fui uno de los primeros que vi caer muerto a nuestro valiente y querido comandante —dice—, quedando dentro de la torre las piernas y sobre cubierta el tronco cubierto de sangre con la cara hacia arriba: parecía que hubiese sido dividido con cuchillo, pues se le veía la mitad de la levita que conservaba abotonada". Esta versión, repetida por otros miembros de la dotación del "Huáscar" a periodistas chilenos nos hace pensar que, efectivamente, el torso del almirante Grau cayó en un primer momento sobre la cubierta del monitor y, en el fragor del combate, posteriormente se perdió en el mar.

Lo ocurrido en Angamos fue realmente indescriptible. Uno de los primeros testigos de cómo quedó el "Huáscar" después de la desigual contienda nos dice que era "un hacinamiento de madera trozada, ropa despedazada, miembros humanos, sangre y cascos de granada en horrible confusión". Ubicar despojos en esas condiciones era muy difícil.

El Consejo de Ministros chileno, en gesto que le honra, ordenó a Galvarino Riveros que cuidara de sepultar dignamente los restos del almirante Grau "de manera que jamás se dude de su autenticidad". El marino chileno, en efecto, hizo todas las diligencias respectivas y sólo pudo contestar a su Gobierno que se

habían recogido "pequeños restos del finado almirante Grau, los que se conservan cuidadosamente para darles digna sepultura". Estos restos, según señala Riveros, "fueron encontrados al pie de la torre de mando del monitor **"Huáscar"** y su autenticidad, agrega, fue reconocida por los oficiales peruanos "que montaban el buque".

No existe, pues, duda sobre la forma instantánea y gloriosa en que murió Grau: **"Cayó sobre su barco destrozado / Pero cubierto de envidiable gloria / Si no le cupo en suerte la victoria / Le cupo honrosa muerte de soldado".**

AURELIO GARCIA Y GARCIA

El Capitán de Navío Aurelio García y García (1834-1888) fue arquetipo de una clase de hombre que se ha dado con mucha frecuencia —a través de los años— entre nuestra oficialidad naval. Sus inquietudes intelectuales y profesionales fueron múltiples, destacando siempre en todas las actividades que le fueron encomendadas o que voluntariamente emprendió.

Marino notable, sobre todo, pero también científico, diplomático y estadista, hizo sus estudios en el Convictorio de San Carlos para ingresar posteriormente —1852— en nuestra Marina de Guerra. En 1856, siendo ya Alférez de Fragata, cumplió su primera misión en Europa, formando parte de la dotación que trajo al "Tumbes", construido en Inglaterra.

Como tantos otros marinos de esa época, Aurelio García y García alternó el servicio en la Armada con actividades en la Marina Mercante. Fue así como entre 1856 y 1862 comandó diversos barcos que hacían la carrera a lo largo de nuestro litoral. Fruto de la experiencia recogida en esta labor, de su acuciosidad y talento, fue el libro **"Derrotero de la Costa del Perú"**, publicado en 1862. Este mismo año se reincorpora a la Marina de Guerra y recibe el mando del bergantín "Almirante Guise".

En 1864, con el grado de Capitán de Corbeta, viaja nuevamente a Londres donde inspecciona la construcción de la fragata blindada "Independencia", siendo el primero en comandarla, trayéndola al Perú junto con el "Huáscar", en agosto de 1866.

Como Comandante de la "Independencia", García y García no aceptó el golpe de los hermanos Gutiérrez y con Miguel Grau, Comandante del "Huáscar", contribuye decisivamente al restablecimiento del orden constitucional y a que Manuel Pardo, candidato triunfante, asuma la Presidencia de la República. Pocos meses después, en noviembre de 1872, al Capitán de Navío Aurelio García y García se le designa como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú ante los imperios de Japón y China. Pese a su juventud, García y García cumple exitosamente la misión, demostrando sagacidad, carácter y entereza. El Perú se convierte así en el primer país de América Latina que inicia relaciones diplomáticas formales con los por entonces lejanos y exóticos imperios orientales.

García y García, miembro del Partido Civil, es nombrado —al regreso de su notable gestión diplomática, en 1875— Ministro de Gobierno y Policía, cargo que desempeña hasta la culminación del régimen de Pardo el 2 de agosto de 1876.

Posteriormente, en 1878, García y García es elegido Senador por Ayacucho y, al estallar la guerra con Chile, se le confía el mando de la Segunda División Naval compuesta por la corbeta "Unión", la cañonera "Pilcomayo" y el transporte "Oroya". El desempeño de Aurelio García y García, a lo largo de la campaña naval, será distinguidísimo.

Con la "Unión" viajó a Punta Arenas a interceptar un transporte que traía armas para el enemigo. Este fue un viaje memorable, hecho en muy precarias condiciones materiales y en donde brilló muy alto el espíritu de nuestros marinos. Con la "Unión" también,

García y García apresó al transporte chileno "Rímac" y otras embarcaciones mercantes de igual bandera. En Angamos, el 8 de octubre de 1879, la corbeta "Unión", con sus humos, trató de atraer la atención del adversario para que el "Huáscar" pudiera escapar. Descubierto el engaño por las dos divisiones navales chilenas y ante la inminencia del holocausto de Grau, García y García cumplió con su deber de comandante: salvó su barco acatando, al mismo tiempo, las estrictas órdenes que sobre el particular había impartido el Supremo Director de la guerra.

Destruido nuestro poder naval, el Capitán de Navío García y García fue uno de los plenipotenciarios que a nombre del Perú participó en las fallidas conferencias de paz con Chile celebradas en setiembre de 1880 a bordo de la corbeta norteamericana "Lackawana". Meses después, cuando Nicolás de Piérola asume el poder, García y García es nombrado Secretario General de la Dictadura, en campaña, resultando levemente herido en las batallas de San Juan y Miraflores.

Perdida la capital, García y García se retiró con Piérola al interior del país asumiendo la responsabilidad de todos los ministerios a la vez que era designado como sucesor del "Califa" en el mando supremo del Perú. En circunstancias tan desesperadas, la firmeza de carácter y el patriotismo de García y García estuvieron a punto de lograr un milagro. Entre marzo y junio de 1881 viajó a La Paz consiguiendo convencer al presidente boliviano, General Narciso Campero, para reanudar la guerra junto al Perú. Al mismo tiempo, lograba que agentes bajo sus órdenes compraran armas y toda suerte de pertrechos en Buenos Aires transportándolos al Perú a través de Bolivia.

Este plan, que pudo haber tenido éxito, fracasó al estallar la revolución de Arequipa del 9 de octubre de 1881. Se rompió la unidad nacional perdiéndose mucho del material de guerra acumulado. La caí-

da política de Piérola obligó a García y García a marchar al extranjero. El invasor había puesto precio a la cabeza del valiente marino y su casa en Lima fue saqueada e incendiada.

En Londres, hasta donde llegó autoexiliado, publicó numerosas cartas en el prestigioso "Times" defendiendo la causa del Perú. Concluída la contienda, García y García fue acreditado como Plenipotenciario, primero en Londres y después ante la Santa Sede. Vuelto a la patria, en 1888, cuando organizaba una importante explotación minera en Quilca, le aquejó una súbita y grave dolencia. Pudo ser traído en barco hasta el Callao donde, pese a los esfuerzos que se desplegaron para salvarle la vida, falleció el 25 de junio de ese 1888. Tenía sólo 54 años y era reputado, junto con Miguel Grau, Manuel Ferreyros y Lizardo Montero, como uno de los cuatro ases de la más brillante y heroica generación de marinos peruanos.

EL ARTILLERO DE PISAGUA

El 9 de octubre de 1879, al tener noticias confirmadas del combate de Angamos, el diario **"La Patria"** de Valparaíso anunciaba jubiloso: "Chile es dueño del mar... Chile puede trasladar su ejército a cualquier punto del litoral enemigo y hacer acarreo de refuerzos, víveres y municiones con seguridad completa".

La apreciación periodística, por todos compartida, no podía ser más exacta. Perdida nuestra primera línea de defensa —el mar— las tropas chilenas estaban en condiciones de invadir el Perú en cualquier momento y así lo hicieron en efecto. Pocos días más tarde, el 28 de octubre, zarpaba de Antofagasta —base avanzada del enemigo en territorio arrebatado a Bolivia— un convoy de quince transportes escoltado por cuatro unidades de guerra, conduciendo un bien equipado ejército de diez mil hombres cuyo primer objetivo era la captura del puerto de Pisagua.

Después de Iquique era Pisagua —ambos en el departamento de Tarapacá— el puerto mayor por donde se hacían los embarques de salitre más importantes. Aurelio García y García, en su **Derrotero de la costa del Perú,** señalaba que Pisagua poseía una pequeña población —agrupada alrededor de la estación de ferrocarril— y podía ofrecer a los barcos que

hasta allí llegaban "carbón en pequeñas cantidades, a precios moderados", así como toda clase de provisiones y agua "aunque caras, por ser todo traído de fuera".

De acuerdo a lo previsto por el Estado Mayor peruano, Pisagua era uno de los puntos por donde inicialmente tratarían de desembarcar los chilenos. Por eso se dispuso que fuera artillado —sólo se pudo contar con dos baterías— encomendándose tan importante tarea al Capitán de Fragata José Benigno Benavides.

Este destacado oficial naval había nacido en el Callao en 1818, ingresando a la Marina de Guerra el año 1838 como "aspirante agregado al pilotaje". Posteriormente fue piloto del bergantín **"Gamarra"** y segundo Comandante del bergantín **"Guise"**, ocupando el mismo cargo en el pailebot **"Vigilante"**.

El Comandante Benavides había participado, asimismo, en el combate naval de Casma, en 1839, siendo, años después, uno de los jefes de la artillería castillista en la batalla de La Palma. Hizo también, en 1859, la campaña contra el Ecuador teniendo a su cargo la barca transporte "Rosalía". En los años previos a la guerra con Chile, ya con el grado de Capitán de Corbeta, fue, sucesivamente, Capitán de puerto en Huarmey, Samanco y Malabrigo. Al estallar la contienda fue ascendido a Capitán de Fragata y se le destinó a la defensa de Pisagua.

Benavides dispuso que en la parte sur de la bahía, al pie de un contrafuerte de piedra que penetraba en el mar, llamado Punta Pichalo, se levantaran parapetos de sacos rellenos con arena guarneciendo un cañón Parrot de cien libras. En la misma bahía, en su extremo norte, en Pisagua Viejo, se colocó un cañón igual. Un tercer fuerte, al medio de los ya existentes, se estaba preparando cuando el 2 de noviembre de 1879 atacaron los chilenos.

Gracias a una carta del Capitán de Fragata Benavides a su esposa, fechada el 4 de noviembre, apenas dos días después de la batalla, tenemos datos muy valiosos que corroboran o completan lo que ya sabíamos sobre este hecho de armas en donde los aliados peruano-bolivianos sostuvieron una posición, con extraordinario valor, contra fuerzas abrumadoramente superiores en número, material bélico y que, además, contaban con el decisivo apoyo de su poderosa artillería naval.

"Después de un rudo combate que empezó a las seis a.m., el día dos del presente, —dice Benavides— he salvado con vida gracias a la Providencia. He estado en la batería del sur, que dista una milla de la población y está a 138 pies de elevación sobre el nivel del mar".

"Dirigieron los chilenos sus fuegos sobre nosotros; era un blindado y cinco buques de guerra, fuera de los transportes, los que primero hicieron fuego y lo sostuvimos hasta las nueve y treinta en que se hizo imposible continuar. Hicimos siete tiros durante ese tiempo; cada cabo de cañón moría porque las punterías del enemigo eran certeras y continuadas y no nos dejaban ni cargar, por la lluvia de piedras que nos caía y por la multitud de bombas, granadas, balas rasas y cohetes a la Congreve y las ametralladoras de las cofas de sus buques que eran dieciocho con los transportes".

"De los primeros chilenos que desembarcaron en la parte norte de la población —prosigue la carta— no escapó uno solo; y tuvieron que atacar por segunda y tercera vez; las cuestas de Pisagua han quedado cubiertas de chilenos muertos".

"En fin, a la una y treinta p.m. tuvimos que abandonar el puesto porque desembarcaron diez mil chilenos, de los que han muerto por lo menos mil; de los nuestros más de trescientos fuera de combate; nos

faltaron las municiones, en mi batería murió el Teniente de Artillería don Luis Tamayo".

"El Teniente Coronel Comandante General de las baterías de la plaza, Don Isaac Recavarren, se ha portado como un héroe. Nada tenemos que desear de los Nacionales, de la tropa boliviana y de la batería que me cupo la suerte de construir y de pelear en ella; nos hemos puesto a la altura de los del **Huáscar**".

"La batería de Pisagua Viejo en la que el 27 del próximo pasado monté un cañón, se desmontó al primer tiro; así que con sólo una pieza continuamos la resistencia. Yo y todos —concluye la misiva— estamos con lo encapillado porque estos bandidos han incendiado la población en los momentos del combate". (1).

En realidad, como dijo con justificado orgullo José Benigno Benavides, los defensores de Pisagua estuvieron "a la altura de los del **Huáscar**". Todos lucharon con indeclinable valor replegándose tan sólo ante la superioridad material incontrastable del enemigo. Sería inmerecido no resaltar el heroísmo de las tropas bolivianas que, junto a las nuestras, armadas sólo con rifles y bayonetas, resistieron durante siete horas un ataque combinado de fuerzas de tierra superiores en número en la proporción de diez a uno y el fuego implacable de sesenta cañones navales de grueso calibre.

Como señaló el Coronel Belisario Suárez, comentando la defensa de Pisagua, las banderas del Perú y de Bolivia recibieron allí el humo de las mismas balas y vieron caer, sosteniéndolas con igual ardor, a hombres de ambos pueblos hermanos.

---

(1) "La Patria". Lima. Viernes 14 de noviembre de 1879. Primera edición. Pág. 1, segunda y tercera cols.

LA CAMPAÑA NAVAL DE 1879, CONTADA POR LOS POETAS

Los años precedieron al conflicto de 1,879 y, desde luego, los que lo comprendieron, aunque con las limitaciones que se dejan imaginar, vieron el desarrollo de una poesía orientada aún por los esquemas románticos del medio siglo que, sin duda por la valía y el influjo de sus principales adeptos, todavía en actividad, mantenía su prestigio en los medios habitualmente dominados por los escritores, fueran de circunstancia o de profesión.

Perviven, pues, los modelos lacrimosos, pero al lado de ellos se va imponiendo una corriente que, sin renegar de ellos, sabe adaptarlos a la realidad nacional alrededor de una fuente de inspiración casi inagotable: las costumbres criollas cuyas escenas ha percibido Pancho Fierro con singular maestría. La sátira, aquella compañera inseparable que signa el estro de las principales figuras de nuestra literatura desde tiempos coloniales, se hace presente con renovados bríos, acrecidos estos por la política que acapara el interés de los lectores. Letrillas enderezadas contra tal o cual personaje público, sonetos no pocas veces crueles encaminados a ridiculizar al partido equis o zeta, cuartetas casi insufribles que intentan apabullar al-

gún proyecto de ley horro de atracción popular, todo ello dentro de un cálido clima en el cual la crisis económica sube la temperatura día a día y concita el esfuerzo de muchos ciudadanos amantes de su patria y deseosos de salvarla.

Son pocas y de escasa trascendencia las publicaciones que recogen versos, y cuando lo hacen es que se trata de composiciones festivas, epigramáticas o de circunstancias, por ejemplo los "Verbos y Gerundios" de Ricardo Palma (Lima, 1877), pues todo, o casi todo el caudal poético se ha volcado a las amplias columnas periodísticas, numerosas y siempre prestas a favorecer a los vates consagrados o a los que esperan llegar a serlo, los cuales no se cansan de remitirles más o menos inspiradas composiciones.

El bello sexo hace su aparición "en masa" —Laura Schöder, María Jesús Burga, Evangelina Torres Paz, Carolina Freyre de Jaimes, Zoila Masías, entre otras— y son muy concurridas las veladas literarias que la Gorriti, gentil dama argentina afincada entre nosotros, organiza en su casa con la presencia de destacados valores de las letras nacionales y de no pocos extranjeros radicados o de paso por la ciudad. Dichas reuniones devienen en acicate y palestra de la juventud ansiosa de ganar elogios a su fértil y precoz imaginación, pero también sirven de aula maestra a los escritores que no se resignan a la inactividad o cesantía en un medio sumido en candentes debates hacendísticos e influenciados cada vez más por las corrientes que están en auge en la vieja Europa, particularmente en Francia.

Por lo demás, todo hace pensar que los nuevos valores de la poesía nativa, y aun los cultores de otras formas literarias, se frustraron por la guerra, y que sus producciones sufrieron grave desvío hacia el severo campo de la crítica social y el inconformismo como actitud y motivo de lucha. La guerra amargó

sus corazones y tornó su risa en ceño adusto aunque no desesperado.

LOS POETAS Y LA GUERRA

Nuestros poetas encontraron rica fuente de inspiración en los múltiples sucesos —funestos los más— que trajo consigo la Guerra del Pacífico. Ellos supieron contar —con mayor o menor fortuna literaria— las inquietudes, entusiasmos y congojas del pueblo peruano en armas y, sobre todo, las glorias de sus héroes. Los poetas fueron, pues, intérpretes de la variada gama de sentimientos que en ese momento decisivo y trágico de nuestra historia embargaron a los habitantes del país. Se convirtieron así en una suerte de cronistas, adquiriendo sus poemas, gracias a ello, valor testimonial inapreciable.

En el presente artículo intentamos contar los avatares de la campaña naval de 1879 a través de la inspiración de los poetas contemporáneos al suceso. Algunos de los autores escogidos ya ocupaban un lugar destacado en el mundo de las letras. Otros recién se iniciaban con éxito y los hay también quienes, con patriotismo y buen propósito, suplieron su carencia de talento. Abundan en este conjunto de autores las poetisas, pletóricas de belicoso ardor, y no faltan tampoco aquellos que por modestia, timidez u otras razones, prefirieron ocultarse en el anonimato.

Todos estos poemas han sido tomados de los diarios de la época, principalmente de **"El Comercio "**, en sus ediciones de abril a diciembre de 1879. Para los efectos de este trabajo, insistimos, nos interesa sólo lo que se escribió y publicó en el momento; aquello que resulta un verdadero eco literario del tema bélico que preocupa, conmueve o entusiasma; del grave asunto que está en la charla cotidiana y que, en fin, concita el interés prioritario de la opinión pública.

Por las limitaciones de espacio, propias de un texto de divulgación, mayoritariamente publicamos sólo los fragmentos pertinentes de cada poema, omitiendo mayores detalles sobre los autores y notas bibliográficas que, en otras circunstancias, juzgamos imprescindibles.

LA CONFIANZA EN NUESTROS MARINOS

El 4 de abril de 1879 Lima vive ya la efervescencia y la inquietud esperanzada de la guerra. Todos están pendientes de los telegramas que publican los diarios en sucesivas ediciones que se agotan en pocos minutos. Desde las primeras horas de la mañana, ruidosas manifestaciones recorren las calles de Lima tremolando banderas peruanas y bolivianas. En la Plaza de Armas y en otras de la ciudad, improvisados oradores lanzan patrióticas arengas. Se condena enérgicamente la política expansionista de Chile, se hace causa común con Bolivia y, sobre todo, se remarca la confianza que existe en el poderío de nuestra Escuadra y en el valor de los marinos peruanos.

Emiliano Niño, en el mitin que tiene lugar en el Callao el 5 de abril, refleja dicho estado de ánimo:

"¡Compatriotas, marchemos a la guerra,
Y que caiga deshecho a nuestros pies
Ese nido asqueroso de reptiles,
Que en la América puso Lucifer!
¡Marchemos!, que resuene en el combate
El eco formidable del cañón;
Y flamee en los mares como siempre
Poderosa la enseña bicolor".

Hay, pues, confianza en repetir el triunfo del Dos de Mayo de 1866 para que, "como siempre", nuestro pabellón luzca al tope en sus buques de guerra.

Los jóvenes estudiantes son los más entusiastas, acuden en tropel a pedir su embarque. Quieren ofren-

dar, generosos, sus vidas por la patria. En esas horas de euforia colectiva J.M. Chávez Torres se dirige a sus condiscípulos del Convictorio de San Carlos y les dice:

"¡Carolinos! Que el rudo estampido
Del cañón que debéis disparar,
Vuele esos chilenos navíos,
Roja charca volviéndose el mar..."

La mujer peruana se hace presente en tan histórico momento. Confía, con encendida admiración, en la pericia y valor de sus marinos. Por ello, Carolina García de Bambarén escribe:

"La flor y nata del honor peruano,
Orgullosa se ostenta en la marina,
Y sucumbir primero determina
Que humillar su bandera al araucano"

En esos primeros días de la guerra, animosos, hasta confiados, se recuerda el triunfo de nuestros marinos en Abtao y en el Callao. En suma, esta es una prueba más de cómo subsiste entre nosotros el espíritu triunfalista que dejó la guerra contra España. Ejemplo de lo dicho puede verse en este poema de M. Dorado:

"Con su escuadra blindada orgullosos;
A la lid dos naciones provocan;
Y en su insano furor pretenciosos,
La conquista de América invocan

Pero tiemblan que ya se aperciben,
A la lid los marinos de Abtao:
Y que vengan que aquí los reciben
Los que el mundo admiró en el Callao..."

LA ESCUADRA EN ACCION

Después del encuentro de Chipana, donde la **Unión** y la **Pilcomayo** pusieron en fuga a la corbeta **Magallanes** (12 de abril de 1879), el almirante chileno Juan Williams Rebolledo inicia la llamada "guerra bárbara". Es decir, cañonea con su escuadra puertos peruanos indefensos: Pisagua, Mollendo, Pabellón de Pica, Huanillos y otros. La indignación nacional ante hecho tan censurable alcanza cotas muy altas. Justa G. Robledo refleja dicho estado de ánimo en estos versos:

"Si eres tan valiente, Williams,
Como te jactas soberbio,
Si es tan membrudo tu brazo,
Que desafías mil pueblos;
Si combates a los hombres
Como con inermes puertos;
Y vences al enemigo
Como incendias aposentos;

Ven en tu "Blanco Encalada"
Que yo en mi "Huáscar" te espero
Y si quieres trae otro barco,
Que a tí ni a los tuyos temo".

El 21 de mayo tiene lugar el combate de Iquique en que el **Huáscar** hunde a la corbeta **Esmeralda.** Ese mismo día nuestra fragata blindada **Independencia** se pierde en Punta Gruesa mientras seguía las aguas de la goleta **Covadonga.** A Lima, en un primer momento, llega sólo la noticia del triunfo de Grau y un aplaudido poeta festivo, Acisclo Villarán, se apresura a cantar la victoria peruana en versos justicieros y premonitorios:

"Una página ilustre en
nuestra historia
El denodado capitán
alcanza:

El triunfo es del Perú,
de Grau la gloria.
En su carrera esplendorosa
avanza
Y la Nación conservará
memoria
De su orgullo, y su prez y
su esperanza".

Mientras tanto, el apático Juan Williams Rebolledo ha llegado con toda su Escuadra hasta el Callao con el propósito de sorprender a los buques peruanos. Ambas escuadras se han cruzado en la mar sin avistarse, ya que nuestras unidades han marchado al sur llevando a bordo a Prado quien ha decidido asumir personalmente la dirección de la guerra. Frustrado en su propósito de dar un golpe de mano, un anónimo poeta limeño se mofa del almirante chileno y le recuerda sus "hazañas" en los puertos del sur.

"Williams se desencarama,
Baja, revuelve la cama
Y bajo la sobrecama
Saca impresa esta proclama;

"¡Chalacos! rendidme el puerto
En una hora, o por encima
De vosotros hasta Lima
Que irá mi Cochrane es cierto.
Rendíos a mis razones
sin retóricas ni aliños,
Porque yo traigo cañones
Que matan hembras y niños..."

En el combate de Iquique cayó sobre la cubierta del Huáscar, "víctima de su valor y serenidad", el Teniente Segundo Jorge Velarde. Grau, siempre justo, destacó la forma en que este joven oficial cumplió con su deber hasta la muerte. En su homenaje Juan C. Doblado diría:

"No hay lugar, de la costa a la montaña
Donde no se alcen a la Patria altares
Y, aún no siendo bastante a cada hazaña,
Su vasta inmensidad le dan los mares.

Trafalgar, ni Lepanto renombrado
Episodios ofrecieron
Como en el mar de Iquique
Los marinos del "Huáscar" escribieron

La nación que en un Grau tan atrevido
cifra su honra inmortal, y en un Velarde,
Bien tiene merecido
que haga de grande y venturoso alarde..."

DEL TRIUNFO A LA INMOLACION

Las triunfales correrías del Huáscar, entre julio y setiembre de 1879, levantan el espíritu de los peruanos. La pericia de Grau, su nobleza y magnanimidad con el adversario, hacen que su nombre sea repetido, con admiración y respeto, en el mundo entero. Durante este período se multiplican los homenajes poéticos al Caballero de los Mares. Un piurano, paisano de Grau, bajo las iniciales F.M. dice con entonado patriotismo:

"Ved al "Huáscar" glorioso y triunfante
Prepotente en las ondas del mar,
Que a la escuadra chilena combate.
Y a balazos la obliga a cejar
Ved peruanos ejemplo sublime,
Que el marino piurano nos da
Seamos bravos como él en la lucha,
Y al chileno le haremos temblar".

En el extranjero aumentan también los elogios a Grau y al **Huáscar.** Un joven argentino, de apenas 17 años, Martín García Merou, escribiría este brillante y emocionado poema que comienza con estos versos:

"Allá va... Solitario entre las brumas
Se confunde en la sombra su silueta
Con el oscuro cielo,
Las pálidas espumas
Y los reflejos de la mar inquieta!...
Su generoso anhelo
Lo empuja a la victoria
En medio del embate de la suerte,
Murmura el viento que lo mece: ¡muerte!
Y el mar rugiendo le responde: ¡gloria!..."

El 28 de agosto tiene lugar el Combate de Antofagasta donde el Teniente Segundo Carlos de los Heros cae víctima de un disparo hecho sobre el **Huáscar** por las baterías de tierra. Grau, en una carta al padre del valeroso marino desaparecido, le dice que en De los Heros se reunían todos los dones personales que podían adornar a un oficial. Ricardo Palma, amigo íntimo de Juan de los Heros, padre del infortunado joven, le dedica estos versos:

"Siniestra noticia vino
llanto a arrancar de tus ojos.
¡Cuánto es cierto que de abrojos
lleno está nuestro camino!
Batalla con el destino
es la vida fatigosa.
Desde la cuna a la fosa,
es el hombre gladiador
que lucha contra el rigor
de la suerte caprichosa.

Tu Carlos, el noble niño
de espíritu levantado
que un día miré a tu lado
con entusiasta cariño;
tu Carlos, de tez de armiño;
tu Carlos, que era tu ensueño,
gran alma en cuerpo pequeño,
todo virtud y bondad,

del mar en la inmensidad
hoy duerme el último sueño".

Más el final se aproxima. En la conciencia de todos los peruanos está que "el milagro" de la guerra naval, el "milagro" de Grau y del **Huáscar** no puede durar por tiempo indefinido. La escuadra chilena, Chile entero, no tienen sino un objetivo: destruir al **Huáscar**. La víspera de la última salida del monitor desde el puerto de Arica, Teobaldo E. Corpancho, reunido con un grupo de oficiales del ya legendario buque improvisa estos versos a manera de brindis:

"Mi musa tierna y sencilla
que ama el honor y la gloria
inclinando la rodilla,
aplaude el nombre que brilla
puro y sin mancha en la Historia

El nombre de ese marino.
está en vuestro corazón;
es talismán del destino
fulgor de nuestro camino,
y gloria de la nación
¡Grau, señores, el atleta
que dirige desde el puente,
como Marte, la saeta
que va a herir el alma inquieta
del chileno, delincuente!

¡Y vosotros oficales
que el bélico ardor inflama
no olvidéis los inmortales
lauros que en campos triunfales
os ha ceñido la fama".

Será el adversario, un sañudo y talentoso adversario, el historiador y político chileno Benjamín Vicuña Mackenna, quien nos diga qué habían

llegado a ser Miguel Grau y el Huáscar. El monitor, señala, "había pasado a la categoría de mito, y su adalid a la de un verdadero semidios. Llevado su nombre en alas de la fama . . . el Contramirante Grau había ascendido a la condición de los inmortales antes de sucumbir, y cuando un trozo de fierro disipó su vida... consagráronse votos públicos a sus manes en las catedrales de casi toda la América que fue antes española".

No hay exageración en estas palabras, reflejan, incluso con parquedad, el impacto profundo y doloroso que causó en el mundo entero la inmolación de Grau en Angamos. Los nombres más brillantes de las letras del Perú y del continente cantaron sus triunfos y lloraron su muerte. En su homenaje se publicaron numerosas coronas fúnebres en ciudades del Perú, Bolivia, Argentina, etc. Se publicaron centenares de artículos sobre sus hazañas en todos los idiomas. Miguel Grau, el hombre que consagró su vida al fiel cumplimiento del deber, ignoró que había nacido para rodear su frente con una aureola de gloria y para elevar el nombre de su patria hasta una altura gigantesca.

Dejemos que sea Carlos Augusto Salaverry, el más sentido y espontáneo de nuestros poetas románticos, quien concluya esta breve historia de la campaña naval de 1879 contada por los poetas:

"Cayendo en la marítima celada,
Sin un bajel que a su refuerzo acuda,
Sus fuegos rompe, aunque del triunfo duda:
¡La coraza era el todo, el valor nada!

Su armadura, cual vidrio, quebrantada,
La tropa ve estallar, de asombro muda;
Pero en la lid, desmesurada y ruda,
La enseña del Perú persiste izada.

¡Grau sucumbe! En obediente calma,
Otro envidia su suerte y se resigna
¡A la gloriosa herencia de aquella alma!
De su heroísmo es víctima expiatoria;
Y lega a todos la inmortal consigna:
¡Quien no espera triunfar muere con gloria!

EN TIERRA Y EN EL MAR: LA BANDERA AL TOPE

El 7 de junio de 1880, la enseña bicolor no sólo flameó al tope en el ensangrentado Morro de Arica hasta el momento en que se consumó la tragedia con el holocausto del Coronel Francisco Bolognesi y de la inmensa mayoría de sus bravos oficiales y soldados. También ondeó en el mar, impoluta, en los mástiles de dos naves peruanas: el monitor **"Manco Cápac"** y la lancha torpedera **"Alianza"**. Añoso, obsoleto, apenas algo más que una batería flotante, el primero; frágil, pequeña, casi inerme, la segunda.

Ambos buques habían defendido la rada de Arica en la etapa previa al asalto final del invasor. Un día antes —6 de junio— el monitor **"Manco Cápac"** gracias al esfuerzo titánico de sus oficiales y tripulantes, había puesto en marcha sus calderas maltrechas y, en son de combate, con menguado andar, zarpó del fondeadero para cambiar disparos, por más de sesenta minutos, con el blindado chileno **"Cochrane"**.

En las primeras horas del 7 de junio, cuando el comandante del **"Manco Cápac"**, C. de F. José Sánchez Lagomarsino, se dio cuenta que todo estaba perdido en Arica, decidió hundir su buque para que no cayera en poder del enemigo. Dada la orden, fue puesta en prác-

tica por la dotación con admirable eficacia y entereza, quedándose todos en sus puestos de combate hasta que el agua invadió la máquina, el sollado, las cámaras y la santabárbara del viejo monitor. Recién entonces los marinos peruanos abandonaron el buque que terminó de hundirse al estallar las cargas de dinamita que se le habían colocado, con sus pabellones **"al asta y tope de su torre"**, fuera del puerto, en el centro mismo de la bahía y después de haber cumplido su misión. Eran las 8:42 de la mañana.

Los hombres del **"Manco Cápac"** fueron hechos prisioneros y llevados a bordo del transporte chileno **"Itata"**, desde donde Sánchez Lagomarsino redactó la nota oficial correspondiente dando cuenta de la elevada moral y austera conducta de la dotación que le secundó durante la ruda campaña. Peruanos a los cuales **"ni la desnudez ni privaciones de todo género en las excepcionales condiciones del Monitor —señala el documento aludido—, aminoró jamás su decisión y empeño por cumplir del mejor modo posible el sagrado deber de defender la patria".**

Casi al mismo tiempo que se hundía el **"Manco Cápac"**, la lancha torpedera **"Alianza"** —aquella diminuta embarcación llevada por el Comandante Manuel Villavisencio a bordo de la corbeta **"Unión"** la vez que rompió en dos oportunidades el bloqueo de Arica— intentó escapar, cumpliendo órdenes de Sánchez Lagomarsino, rumbo al Callao. Sobre las nueve de la mañana inició la marcha perseguido por el blindado **"Cochane"** y el transporte artillado **"Loa"**. Poco después, el Teniente Primero Juan Fernández Dávila, Comandante de la torpedera, comprendió que la empresa era imposible, ya que la caldera de la pequeña nave, por el esfuerzo al que fue sometida, quedó seriamente averiada. Fernández Dávila decidió entonces destruir la lancha a una milla al sur del Cabo Picatá, desembarcando allí a su dotación que emprendió la marcha por tierra con dirección a Moquegua. Desgraciadamente,

aportaron en zona nada propicia y cayeron todos en manos de unas patrullas chilenas.

Oficiales y tripulantes del **"Manco Cápac"** y de la **"Alianza"** fueron llevados a San Bernardo, en Chile, como prisioneros de guerra y allí permaneció, la mayoría de ellos, hasta la finalización de la contienda, pudiendo recién entonces retornar a la patria.

Tanto José Sánchez Lagomarsino como Manuel Fernández Dávila, autores principales de esa gloriosa jornada, alcanzaron el grado de Capitán de Navío. Falleció aquél en 1898 y éste en 1908, rodeados del respeto, admiración y gratitud de todos los peruanos.

MINISTERIO DE MARINA
BIBLIOTECA
DIRINTEMAR

MARINA DE GUERRA, GARANTIA DE PAZ

En la vida de los pueblos siempre hay años negros que más tarde se recuerdan con aflicción. Para Francia 1870 y 1940 tienen la impronta de la **debacle.** El 1898 de España dejó en esa nación huellas amargas en todos los órdenes. Nuestro año terrible fue 1879 en que se inicia la guerra con Chile. Mas no hubiéramos pasado por tan dolorosa prueba si antes, en 1874, el Perú no pierde la supremacía naval en el Pacífico Sur.

Hasta 1874, en que Chile adquiere los blindados con los cuales lograría imponerse en 1879, nuestra nación había mantenido la preeminencia indiscutida en el mar descubierto por Balboa. Una hegemonía que, bueno es recordarlo y remarcarlo, no generó nunca inquietud o temor entre los países vecinos al nuestro con litoral sobre el Pacífico. Un dominio que, por el contrario, se puso al servicio de los comunes intereses que nos vinculan con los pueblos hermanos, cautelando desinteresadamente la soberanía de los mismos y disuadiendo con el poder de nuestros buques cualquier intento neocolonialista que hubieran podido alentar potencias extra-continentales.

Sin embargo, cuando esa superioridad pasó a manos de Chile, comenzó a perturbarse inmediatamente

la paz en el ámbito que hoy llamamos Cono Sur. Se desató el afán expansionista del Gobierno de Santiago. Primero con la Argentina, después con Bolivia y el Perú, Chile quiso obtener u obtuvo, por la fuerza, aquello que le negaban la ética, la razón y la justicia.

Perú y Chile hicieron uso muy distinto del poder naval. Para nosotros fue constante garantía de paz, instrumento de progreso y fraternidad americanista. Para Chile, por lo contrario, fue la pieza clave sobre la cual estructuró sus planes de conquista territorial en desmedro de otros países.

Creemos que la etapa más trágica de la historia nacional pudo evitarse si en 1874 se hubiera logrado equilibrar la correlación de fuerzas navales entre el Perú y Chile. Desgraciadamente no se pudo y nuestra primera línea de defensa, el mar, quedó inerme. No es exagerado decir por ello que la Guerra del Pacífico comenzamos a perderla en 1874 cuando abdicamos de nuestra supremacía en el mar.

Estas reflexiones cobran actualidad a propósito del arribo al Callao de la fragata milisera que precisamente lleva el nombre de uno de nuestros grandes marinos en la campaña naval de 1879: Manuel Villavisencio. Junto con su gemela, la fragata "**Carvajal**", son los buques más modernos y sofisticados de esta parte del continente. Gracias a ellos y a otras unidades que se vienen construyendo en el marco de un antiguo programa de adquisiciones destinado a renovar el material obsoleto, el Perú incrementará decisivamente su poderío naval teniendo así la mejor garantía de una eficaz protección de sus riquezas y soberanía.

Cuando los peruanos de hoy decimos que jamás volverá a repetirse la tragedia de 1879 estamos expresando algo que se sustenta en una realidad tangible y poderosa —nuestra Fuerza Armada— y no sólo en buenas y patrióticas intenciones. Sin soberbia

pero con firmeza estamos convencidos que la Marina de Guerra del Perú —fuerte no sólo por su material sino fundamentalmente por la capacidad profesional y el espíritu de los hombres que la conforman— es el más firme seguro para conservar la paz o para lograr la victoria en el caso de una contienda que no deseamos y que nunca provocaremos.

Dramático, terrible el sino de nuestros héroes navales en la guerra con Chile. Serlo, no porque circunstancias imprevistas hicieran surgir, cual rayo luminoso, la inmolación y la proeza, sino porque culpas y errores de otros hicieron inevitable que arriesgaran sus vidas, seguros de perderla, por la aplastante superioridad material del enemigo. Alguien podrá argumentar que no existe sacrificio inútil, que sin Grau en Angamos no tendríamos derecho a llamarnos nación. Pero la guerra tiene una moral especial que aconseja la previsión necesaria para ahorrar vidas y tomar todas las acciones encaminadas a lograr el triunfo.

A un siglo del combate de Angamos y como el mejor homenaje a la sagrada memoria de los héroes que allí supieron cumplir con su deber, cerremos filas todos los peruanos, ahora y siempre, en torno a un invariable objetivo nacional: no descuidar nunca nuestro poder naval.

CHILE OCUPA MILITARMENTE ANTOFAGASTA

El viernes 14 de febrero de 1879, a las cinco de la mañana, dos buques de guerra chilenos, el blindado "Cochrane" y la corbeta "O'Higgins", echaron el ancla frente al puerto boliviano de Antofagasta. Otro blindado de la misma bandera, el "Blanco Encalada", permanecía en ese fondeadero desde días anteriores "sin hacer ninguna manifestación de hostilidad y sólo como de estación".

Ante la presencia de las nuevas unidades navales, la población atacameña se puso en sobresalto. "La gente corría de un lado para otro —relata un testigo de los hechos— dirigiéndose al muelle, pues nadie dudaba que acontecimientos de gran importancia iban a tener lugar".

Así fue, en efecto. A las nueve y treinta de la mañana, lanchas de desembarco colmadas de soldados, al mando del coronel Emilio Sotomayor, atracaban en el puerto ocupándolo sin la menor resistencia. Minutos más tarde el pabellón boliviano era arriado del mástil de la Prefectura y reemplazado por la bandera de la estrella solitaria. Una multitud excitada, vibrante, —más del noventa por ciento de los pobladores de Antofagasta eran chilenos—, aplaudía y gritaba jubi-

losa. Las bandas militares recién desembarcadas, a su vez, no cesaban de tocar el himno nacional chileno y aires marciales poniendo así una nota más de triunfo a la escena. A las once de la mañana, las tropas invasoras, unos setecientos hombres, almorzaban en improvisados alojamientos.

Los escasos bolivianos que vivían en Antofagasta no pudieron hacer otra cosa que recluirse en sus domicilios hasta donde llegaron, en la tarde, grupos hostiles de obreros chilenos embriagados, con ánimo agresivo. El Prefecto boliviano, que no había podido resistir pues apenas contaba con cuarenta gendarmes, ordenó a éstos que se dispersaran luego de entregar su armamento. Inmediatamente después el funcionario boliviano tomaba el camino de Cobija acompañado de algunos compatriotas. Así, apenas en unas horas, se consumó la ocupación chilena del rico territorio de Antofagasta.

Con un golpe de fuerza Chile ponía punto final a sus enrevesadas relaciones diplomáticas con Bolivia. Dos tratados leoninos, el de 1866 y el de 1874, daban todas las ventajas y garantías al Gobierno de Santiago en desmedro de su vecino del norte. Estando así las cosas, el General Hilarión Daza asumió la Presidencia de Bolivia (1876) e inició una escalada contra los intereses económicos de Chile cuyo corolario fue un impuesto de diez centavos por cada quintal de salitre que se exportara de las costas bolivianas. Chile, de inmediato, reclamó por los canales diplomáticos al mismo tiempo que la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta —capitales chilenos e ingleses— se negaba a pagar dicho gravamen. Daza, entonces, ordenó el embargo de la Compañía y la sacó a remate, en flagrante violación del Tratado de 1874. El Gobierno de La Moneda tuvo así, gracias a la decisión impulsiva e irresponsable de Daza, "el pretexto o justificación — dice Félix Denegri Luna— para lanzarse sobre el territorio litoral boliviano, rico en salitre, cobre, plata y otros minerales".

La ocupación militar de Antofagasta —nadie lo dudaba— era la guerra en el Pacífico Sur. En Bolivia, la noticia causó el efecto que era de esperarse. "Se asegura —señala Enrique Finot— que el Presidente Daza ocultó el hecho, para no interrumpir las fiestas del carnaval. Si así fue —prosigue el historiador boliviano— sólo se demuestra la inconsciencia con que el gobernante contemplaba la suerte del país cuyo sacrificio no tardaría en consumarse, por obra de la inepcia y de la despreocupación con que eran manejados sus intereses, por un régimen nacido de un motín e integrado por políticos venales".

En el Perú, por el contrario, las tensiones chileno-bolivianas eran seguidas con creciente interés y comprensible ansiedad tanto por los hombres del Gobierno como por la opinión pública en general. El Consejo de Ministros, bajo la Presidencia del General Mariano Ignacio Prado, sesionó el jueves 13 de febrero y el Canciller Irigoyen dio cuenta de varios telegramas procedentes de Puno y de Valparaíso en los que se informaba un conflicto inminente entre Chile y Bolivia. Irigoyen recordó que desde el 2 de enero —cuando se recibieron las primeras noticias de la controversia— había transmitido instrucciones a nuestros agentes diplomáticos en La Paz y Santiago "para que interpusiesen los buenos oficios del Perú, de acuerdo con la política tradicional de la República". El Canciller dijo también que acababa de recibir un nuevo telegrama del Consul peruano en Valparaíso que lo llevaba a la conclusión de que el estallido de la guerra entre Chile y Bolivia era cuestión de horas.

Al día siguiente, 14 de febrero, casi al mismo tiempo que Antofagasta era ocupada militarmente por Chile, se volvió a reunir el Consejo de Ministros. El Canciller Irigoyen insistió en la necesidad de tomar medidas de seguridad en el ámbito de la defensa nacional, en previsión de las emergencias que pudiera suscitar el conflicto chileno-boliviano, sin perjuicio, cierta-

mente, de los sinceros esfuerzos diplomáticos que nuestro país seguiría haciendo ante ambos gobiernos para lograr una conciliación.

La población de Lima —a la que mantenía informada del problema internacional los numerosos diarios de la época ("El Comercio", "El Nacional", "La Patria", "El Peruano", "La Opinión Nacional", "La Sociedad" y "La Tribuna")— estaba pendiente de noticias procedentes del sur. Estas aunque escasas y con el retardo propio de las difíciles comunicaciones de entonces, no dejaban ninguna duda de que la guerra era un hecho. A partir de esta certidumbre cada uno de los diarios limeños adoptó una posición decidida y polémica respecto al conflicto cuyo estallido se esperaba de un momento a otro.

EL "OLVIDO" DEL CANCILLER IRIGOYEN

El 19 de febrero de 1879, en Palacio de Gobierno, bajo la presidencia del Jefe de Estado General Mariano Ignacio Prado, se reunió el Consejo de Ministros en sesión extraordinaria. En esa oportunidad, el Canciller Manuel Irigoyen informó que minutos antes acababa de tener una reunión con el Ministro Plenipotenciario de Bolivia, Serapio Reyes Ortiz. Este le había comunicado —sin preámbulos ni rodeos— que el objeto de su misión en Lima era solicitar del Gobierno peruano la inmediata ejecución del Tratado Secreto de Alianza Defensiva de 1873.

Opinaba Reyes Ortiz que el **casus foederis** no podía ya excusarse por haber ocupado Chile parte del litoral boliviano. Irigoyen —según consta en el Libro de Actas del Consejo de Ministros que hemos consultado— respondió que una decisión tan grave debía aplazarse hasta conocer el resultado definitivo de las gestiones conciliatorias que venía haciendo el Perú ante el Gobierno de Santiago. En resumen, que aún podía evitarse la guerra.

Reyes Ortiz, según Irigoyen, aceptó dicho temperamento insistiendo, empero, para que la mediación peruana tuviera como premisa fundamental la desocupación de la costa boliviana que ya detentaba mili-

tarmente Chile. El Canciller peruano aceptó sin reservas esta dificilísima, por no decir imposible condición que el Gobierno de La Moneda —como era lógico suponer— jamás aceptaría. Así las cosas, la mediación peruana estaba condenada al fracaso.

Un día más tarde, el 20 de febrero, se volvió a reunir el Consejo de Ministros e Irigoyen informó sobre una nueva conversación que había sostenido con Reyes Ortiz. Dijo que en ella habían acordado postergar toda discusión sobre el Tratado de Alianza hasta que se conociera el resultado de la misión que el Perú proponía enviar a Santiago con el objeto de mediar en la controversia chileno-boliviana. A continuación, el Canciller propuso al Presidente de la República y a sus colegas del Gabinete el nombre de José Antonio de Lavalle para que desempeñara, con el rango de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, tan importante encargo. El Consejo de Ministros, de inmediato, aprobó por unanimidad la designación del experimentado diplomático.

De la lectura de las actas del Consejo de Ministros del 19 y 20 de febrero de 1879 se desprende una irrebatible conclusión: el tema central que se debatió en ambas oportunidades fue el Tratado Secreto de 1873. Y esto era lógico, ya que ese documento constituía el eje sobre el cual debían girar las decisiones peruano-bolivianas respecto a Chile.

Sin embargo, a José Antonio de Lavalle —según leemos en su libro **"Mi misión en Chile en 1879"** que acaba de publicar el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú— ni el Presidente Prado, ni el Canciller Irigoyen, ni nadie le dijo nada sobre el Tratado Secreto. Algo más: Lavalle, en las febriles horas previas a su precipitado viaje, también sostuvo una gélida entrevista con el Plenipotenciario boliviano Reyes Ortiz en la que tampoco se mencionó una sola palabra sobre la alianza.

Recién cuando navegaba hacia Valparaíso —dice Lavalle— pudo abrir el paquete que contenía la documentación preparada por la Cancilería y conoció, sólo en ese momento, una copia simple del Tratado de 1873. "¡Era la primera idea que tenía yo —dice en su Memoria— de la existencia de semejante pacto! Parecerá extraño y quizá increíble lo que acabo de decir; pero es, no obstante, la verdad en toda su pureza".

Lavalle, siguiendo la trama de su apasionante relato, deplora que Irigoyen no le hubiera informado oportunamente sobre el lazo que tan estrechamente nos unía con Bolivia, enviándolo a Santiago sin instrucciones precisas y terminantes respecto a la forma en que debía dar cuenta de tan comprometedor documento. Esta circunstancia, lógicamente, colocaba al Gobierno chileno —que conocía la existencia del pacto— en una situación ventajosísima a la par que disminuía aún más las escasas posibilidades de éxito del mediador peruano.

Debemos insistir en que no tenemos elementos de juicio para dudar de la veracidad de Lavalle. Su Memoria no fue escrita por motivaciones presentistas, exculpatorias o políticas. Por otra parte, a lo largo de todo el texto hace gala de absoluta ecuanimidad para juzgar a personas y situaciones. No hay, pues, la menor duda que él no supo aquello que debió conocer en primer lugar y en detalle: la existencia y alcances del pacto secreto con Bolivia.

Cabe preguntarse entonces, ¿por qué no se le hizo conocer un hecho de tanta importancia al Plenipotenciario peruano? ¿Fue un simple e imperdonable descuido del Canciller? ¿Fue acaso una decisión fríamente calculada por Prado e Irigoyen? ¿Se temió, tal vez, que enterado Lavalle de la existencia del Tratado de 1873 se hubiera negado a aceptar la misión? En fin, las interrogantes que surgen al respecto son innumerables. Hay, sin embargo, un hecho concreto.

Lavalle fue enviado a Chile porque Bolivia presionaba para hacer efectiva la alianza. ¡Pero a nuestro Plenipotenciario no se le dijo una palabra sobre el particular!

Invadida Antofagasta por los chilenos, al Perú no le quedaban sino dos caminos: declarar el casus foederis o denunciar el Tratado. Ambas decisiones podían acarrear graves consecuencias a nuestro país. Irigoyen entonces escogió una tercera fórmula: jugar una carta desesperada contando con la sagacidad y buen nombre de José Antonio de Lavalle. Para decirlo en pocas palabras "lo envió al sacrificio" con ínfimas y remotas esperanzas en el éxito de su misión. Irigoyen buscaba, es evidente, estimular y proveer argumentos a quienes en Chile, desde altas posiciones de gobierno, no querían la guerra. Tal era el caso del Presidente Aníbal Pinto, de Domingo Santa María y otros personajes.

La historiografía del país del sur ha repetido insistentemente que la misión Lavalle sólo buscó ganar tiempo para que el Perú pudiera poner en buen estado sus maltrechos barcos de guerra.

¿Podíamos recuperar acaso, en unos pocos días o semanas, todo el tiempo perdido? El Gobierno peruano —a las Actas del Consejo de Ministros nuevamente me remito— supo sin lugar a dudas —con mucha anticipación— que el problema chileno-boliviano era grave y que en corto plazo comprometería la paz y la seguridad de nuestro país. En las sesiones del 27 de marzo de 1877 y de 2 de abril del mismo año se acordó, incluso, reforzar la Escuadra pues la hegemonía naval de Chile con sus flamantes blindados, era una amenaza latente.

Sin embargo, a la postre, no se compró material naval, no se hizo nada. Dos años más tarde, en marzo de 1879, un hábil diplomático ya no podría impedir

una guerra funesta que no era sorpresa para Prado y los hombres que junto a él gobernaban al Perú.

Cabe pensar también que, por una concatenación de circunstancias propias de una comedia de equívocos, todo se hubiera confabulado fatalmente para que Lavalle fuese víctima inocente de un descuido increíble. Esta tesis, para ser honestos, nos parece poco verosímil. Sin embargo, no podemos olvidar que de hechos al parecer increíbles están llenas las páginas de la Historia.

MISION EN CHILE EN 1879

El Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú ha publicado un testimonio documental de notable importancia. Se trata de **"Mi misión en Chile en 1879"**. Memoria que escribiera José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra (1833-1893), el diplomático peruano que en apremiante misión extraordinaria hizo esfuerzos loables, aunque a la postre estériles, para impedir el estallido de la guerra.

Con prólogo y notas de Félix Denegri Luna —que aclaran la lectura y aumentan el valor del libro— **"Mi misión en Chile en 1879"** —texto que había permanecido inédito en poder de la familia Lavalle durante casi una centuria— arroja nueva luz y elementos de juicio valiosísimos para conocer en detalle antecedentes diplomáticos de la Guerra del Pacífico.

El autor, José Antonio de Lavalle, una de las más destacadas figuras de la literatura y de la historia de la pasada centuria, reconstruye y comenta, como testigo de excepción, cada una de las gestiones en pos de una paz en la que muy pocos creían. Y lo hace no sólo con evidente objetividad, sino también con el estilo fuido y ameno que le era proverbial.

Lavalle era la persona idónea para cumplir misión tan delicada. Diplomático de vasta experiencia en

Europa, con magníficas relaciones personales e incluso familiares en Chile, poseedor de un sólido prestigio intelectual, podía desenvolverse con indudable prestancia en las esferas oficiales y sociales del país del sur.

El 22 de febrero de 1879, cuando ya los chilenos se habían apoderado militarmente del territorio boliviano de Antofagasta, parte a Santiago José Antonio de Lavalle como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú. Lo imprevisto de su viaje, el caos endémico de nuestra administración pública, la crisis fiscal que imponía limitaciones realmente increíbles, conspiraron para que Lavalle no pudiera enterarse, oportunamente y a fondo, de los antecedentes documentales de su misión.

Cuando ya navegaba rumbo a Valparaíso recién pudo abrir el paquete que guardaba las instrucciones de la Cancillería y una copia simple del Tratado Secreto Peruano-Boliviano de 1873. Este documento —cuya existencia ignoraba nuestro diplomático hasta ese instante— era la clave, el eje sobre el cual debían girar todas sus gestiones ante el Gobierno de La Moneda. "No podía menos de reconocer —dice Lavalle — que desde que tal tratado existía, la paz o la guerra con el Perú dependía únicamente del gobierno chileno".

Así fue a la postre. El Gobierno del Mapocho —que conocía el tratado mal llamado "secreto" pues se debatió en los recintos parlamentarios de Bolivia, el Perú, Argentina y en la Cancillería del Brasil, que incluso lo llegó a publicar —esperó el momento apropiado para esgrimirlo como una carta de triunfo que hiciera zozobrar la mediación interpuesta por el Perú en el conflicto entre Chile y Bolivia y justificar así, ante propios y extraños, la declaratoria de guerra a nuestra patria.

La historiografía chilena sobre la guerra, de Benjamín Vicuña Mackenna a Gonzalo Bulnes, ha dudado de los propósitos pacíficos que animaban la misión mediadora de Lavalle. Vicuña Mackenna, con el apasionamiento que a veces lo hacía descender a la diatriba, dice que nuestro Plenipotenciario fue "agente y consentidor de una perfidia tan evidente como calificada". Bulnes, a su vez, no obstante alabar las calidades humanas y la sagacidad diplomática de Lavalle, señala que su viaje a Chile sólo tenía por objeto "ganar tiempo para reparar los buques, adquirir otros nuevos, aprovechando que el Perú estaba todavía en paz y obtener la alianza con la República Argentina".

No tenemos por qué dudar de la honestidad de Lavalle respaldada por infinidad de testimonios de la época. El Gobierno peruano verdaderamente hacía esfuerzos sinceros por conservar la paz. Lavalle, hombre lúcido como pocos, se daba cuenta de que el Perú —por los más diversos conceptos— atravesaba por una de las peores etapas de su historia republicana y una contienda internacional le podía traer funestas consecuencias.

Lavalle, pues, contra toda esperanza, puso su patriotismo y talento al servicio de una misión de concordia en la que, ya lo dijimos, casi nadie creía. Sobre este punto el libro que comentamos es asaz revelador. "¿Quién no estaba en Lima por la guerra con Chile? —se pregunta el diplomático con justificada amargura—; los pradistas no eran mudos, justo es reconocerlo, porque veían en ella la manera de consolidar y popularizar al Presidente, harto desprestigiado ya; los civilistas, porque veían por ella el medio de apoderarse del todo del gobierno, como lo estaban ya de las cámaras, dominar el país y asegurar su triunfo en las próximas elecciones, salvo dividir entonces sus votos entre los herederos de su ilustre jefe (Manuel Pardo); los pierolistas, porque veían en ella el medio de que su

caudillo volviese al país y la ocasión de su elevación mediante la manifestación de sus personales cualidades; los militares y los marinos, por el muy noble deseo de hallar campo en qué desplegar ese valor y ese patriotismo que han lucido los más en el curso de la guerra y que muchos han consagrado con sus envidiables muertes...; la masa por patriotería, por novelería, por impulso ajeno... En fin, buenos y malos, por diferentes motivos, pero con el mismo ardor, todos, deseaban la guerra". La cita es larga pero plasmo con justeza el ambiente que por entonces se vivía en la capital y en otras ciudades del país.

Mientras Lavalle negociaba en Santiago, se precipitaron los acontecimientos. El Gobierno de Bolivia, actuando una vez más en forma irresponsable, declaró la guerra a Chile y el Perú no pudo optar por una neutralidad que le vedaban el Tratado del 73, la honra nacional e incluso las circunstancias, ya que no era absurdo pensar que Bolivia, si el Perú no declaraba el **casus foederis**, hubiera pactado con Chile para recibir Arica, territorio nuestro, puerto que constituía un viejo anhelo del país del Altiplano, a cambio del litoral salitrero que ya Chile detentaba.

Tuvimos, pues, que ir a una guerra para la cual no estábamos preparados. Una contienda funesta que Lavalle trató de impedir por todos los medios pero que en frase de Lord Macaulay, que cita nuestro Plenipotenciario en su Memoria, no podía ya evitarse "ni por la habilidad ni por el prestigio de un solo hombre".

Entre otros muchos aspectos destacadísimos de este volumen pulcramente impreso, figuran los certeros y desapasionados juicios de Lavalle sobre importantes figuras de la política peruana y chilena a las que conoció y trató muy de cerca, tales como Domingo Santa María, Aníbal Pinto, Victorino Lastarria, etc. En suma, podemos decir que este libro constituye una fuente de primer orden para el estudio de un momento crucial en la historia de tres países.

LA EXPULSION DE LOS CHILENOS

"¡Que se vayan los chilenos!", "¡Abajo los rotos!", "¡Mueran los espías incendiarios!" Una multitud cada vez más compacta, excitada, vociferante, se agolpaba debajo de los balcones de la Casa de Gobierno y exigía la presencia del Presidente de la República, General Mariano Ignacio Prado.

La noche anterior, a las dos de la madrugada del domingo 13 de abril de 1879, en los primeros días de la guerra, un incendio de grandes proporciones, que conmocionó aún más a la ya tensa población limeña, había destruido el viejo y pintoresco arco del puente de piedra sobre el Rímac. Casi de inmediato el rumor público —más tarde confirmado— acusó como autores del siniestro a chilenos residentes en la capital. Era, nadie lo dudaba, un acto de sabotaje que había puesto en peligro la vida y los bienes de muchas personas.

Presionado por la grita cada vez más estridente y ofensiva, el General Prado tuvo que salir al balcón, rodeado de edecanes, y con un breve discurso trató de calmar a la multitud. Sus esfuerzos fueron vanos. Una vez que se hubo retirado el Presidente los improvisados oradores callejeros prosiguieron con sus inflamadas arengas insistiendo en la necesidad de expulsar de inmediato a los chilenos.

Sobre la medianoche, los más exaltados manifestantes forzaron la puerta de la torre de la Catedral e hicieron que las campanas repicaran a somatén. Apenas minutos más tarde, una muchedumbre, anhelante y temerosa, corría en coche, a pie y a caballo hacia la Plaza de Armas. Unos gritaban que habían desembarcado los chilenos, otros que había estallado una revolución. Lo cierto es que cerca de ocho mil personas acudieron, sin desearlo expresamente, a engrosar el mitin que pedía la expulsión de los chilenos.

Sin ocultar su desagrado por lo que ocurría, más pálido y sombrío que de costumbre, Mariano Ignacio Prado tuvo que salir otra vez al balcón para dar razones y seguridades respecto a la política que seguía el Gobierno con la numerosísima colonia chilena en el Perú. Mientras hablaba se escucharon no pocos gritos de "¡Viña del Mar!" y otros de "¡Carampangue!", aludiendo a las propiedades y bienes que tenía Prado en Chile. Atemorizado entonces ante lo que ya tomaba visos de algarada, el Presidente cedió prometiendo dictar sin dilación el decreto expulsando del territorio nacional a los ciudadanos del país enemigo.

A lo largo del siglo XIX muchos chilenos, de todas las clases sociales, buscaron fortuna allende sus fronteras. El hombre de pueblo, el roto, sobre todo, poseía espíritu de aventura, era inquieto y ellos mismos se autocalificaban risueñamente como "pata'e perro". Chilenos se establecieron en California durante los años de la fiebre del oro. Trabajaron en Panamá en la zona del istmo. Explotaron minerales en la costa boliviana. Vinieron al Perú a construir ferrocarriles y a participar en el auge salitrero. Ellos eran capitalistas, técnicos, capataces, peones. Lo fueron todo y si era necesario para subsistir —dice el historiador Guillermo Feliú Cruz— vivían a salto de mata trocándose en ladrones, contrabandistas y jugadores.

Cuando en 1868 Enrique Meiggs inició sus trabajos ferrocarrileros en el Perú, se encontró ante un

grave problema: la falta de mano de obra. El había tenido una buena experiencia con los peones sureños en la época en que construyó el ferrocarril Valparaíso-Santiago. Por eso, puso en los diarios chilenos atractivos avisos, solicitando trabajadores para las obras del "camino de hierro" que uniría Arequipa con Mejía.

La respuesta que obtuvo el contratista norteamericano fue muy positiva. Cada vapor que zarpaba de Valparaíso o de otros puertos rumbo al Perú traía un contingente de chilenos ansiosos de mejorar su suerte. No existen cifras oficiales de ese movimiento, pero se calcula que entre 1868 y 1872, unos 30 mil chilenos acudieron al llamado de Meiggs acompañados no pocas veces de sus esposas e hijos.

Mas la realidad no era tan halagüeña como la pintaban los avisos y las oficinas de enganche. La vida en los campamentos o "faenas" era durísima. Gran cantidad de chilenos enfermaron sin contar con adecuado tratamiento médico. Muchos murieron. Por otra parte, la generosa paga que recibían era en realidad menos valiosa de lo que habían creído, a causa del alza de precios que se operó en el país por esos años.

En la construcción del Ferrocarril Central la verruga mató a crecido número de peones chilenos y chinos. Entre 1870 y 1871 los hospitales de Lima estaban prácticamente llenos de chilenos enfermos. Ante tal estado de cosas, muchos desertaron y la prensa de Santiago y Valparaíso lanzó duras críticas al gobierno peruano y a Meiggs por el trato que recibían sus connacionales.

La conducta de los peones chilenos, en general, dejó mucho que desear. En los campamentos bebían constantemente, jugaban en exceso y fomentaban sangrientas peleas contra trabajadores peruanos y de otra nacionalidad. Esta situación hizo que menudearan las reclamaciones diplomáticas, las polémicas periodísticas e incluso el llamado "incidente de Ocatara" provocó una crisis ministerial durante el gobierno de Manuel

Pardo. En resumen, se puede decir que los miles de chilenos que vinieron para trabajar con Meiggs no dejaron una imagen grata en nuestra población y, al mismo tiempo, fueron motivo para que en su patria cobrase fuerza una cierta animadversión hacia el Perú.

Al momento de declararse la guerra había en el Perú aproximadamente 40 mil chilenos. Muchos estaban desde la época de Meiggs. Otros habían acudido más tarde a trabajar en las salitreras. La mayoría vivían en Tarapacá, Iquique, Tacna, Mollendo, Lima y Callao. Por su cantidad eran una verdadera amenaza, espiaban en beneficio de su país y podían suscitar gravísimos problemas con una población, la nuestra, excitada y dolida por la contienda. Todo, pues, aconsejaba deshacerse de tan peligrosos huéspedes ya que internarlos, que era otra posibilidad, resultaba prácticamente imposible.

El 15 de abril de 1879 —como corolario de los acontecimientos ya relatados— se publicó un Decreto expulsando a los chilenos en el término de ocho días. Sólo eran exceptuados los que de antemano se hubiesen nacionalizado peruanos y los que habiendo residido más de diez años en el Perú estuviesen casados con peruana. Pero al día siguiente, 16 de abril, se supo en Lima que la Escuadra chilena había cañoneado "sin previo aviso contra los principios establecidos por el derecho de gentes", los puertos indefensos de Mollendo, Iquique y Pabellón de Pica, dando así motivo para que el Gobierno peruano, atendiendo al clamor popular, dictase un nuevo Decreto, el día 17, expulsando en represalia a todos los chilenos, sin excepción alguna.

Se produjeron entonces situaciones dolorosas, sobre todo en Tarapacá e Iquique, donde vivían los más. Los chilenos se marchaban llenos de amargura y rencor. Gente fuerte, trabajadores que conocían como nadie las zonas que serían el teatro de operaciones de la guerra, se incorporaron entusiasta y masivamente

al ejército y la marina de la estrella solitaria que recibió así, en apenas pocas semanas, entre seis y ocho mil hombres. Fueron éstos, según apunta Barros Arana, "los mejores y más útiles soldados de las campañas subsiguientes".

Gonzalo Bulnes —el historiador chileno que con más objetividad y conocimiento ha escrito sobre la Guerra del Pacífico— reconoce que la expulsión era inevitable, básicamente en Tarapacá, donde la población chilena alcanzaba a 16 mil almas. "No hacerlo —añade— habría importado casi lo mismo que entregar ese territorio a nuestro ejército. Por lo demás, la medida era de dos filos: dejarlos, un peligro; arrojarlos, enviar soldados al ejército de Antofagasta".

Chile —como es lógico suponer— aplicó de inmediato medidas análogas. Pero la colonia peruana era muy pequeña. Apenas unas 400 personas, la mayor parte de ellas dueños de fundos rústicos de gran valor o negocios importantes. Los pocos menesterosos que había fueron repatriados a costa de nuestro Gobierno.

Los expulsados chilenos cobraron un deseo de venganza muy grande contra el Perú que hizo aún más cruel la guerra y la posterior ocupación. Mucha culpa de ello tuvo la prensa de ambos países que al tratar el asunto de la expulsión exacerbó al máximo las pasiones haciendo gala de una capacidad demagógica verdaderamente increíble.

Pero hay algo evidente. No se puede comprender ciertos episodios de la Guerra del Pacífico si no se atiende a estos antecedentes que engendraron un antagonismo que daría frutos trágicos y sangrientos. No cabe la menor duda que las vicisitudes de muchos chilenos durante el auge de nuestras construcciones ferrocarrileras y la masiva aunque necesaria expulsión que sobrevino al iniciarse la guerra, dieron motivos de odio y de encono haciendo que la contienda cobrase matices de crueldad que nadie jamás hubiera imaginado.

JOSE ANTONIO MIRO QUESADA, "EL COMERCIO" Y LA GUERRA CON CHILE

De todos los diarios que circulaban en Lima al momento de la guerra con Chile, el único que sigue publicándose es "El Comercio". Existía ya desde 1839, guardando por ello en sus páginas, más que centenarias, los avatares de gran parte de nuestra historia republicana.

En 1875 asume la dirección de "El Comercio" don José Antonio Miró Quesada. Hombre ponderado, de sólida cultura, informadísimo, profunda y desinteresadamente identificado con su patria adoptiva, el Perú, fue uno de los pocos que no sucumbió a la tentación demagógica cuando Chile, en febrero de 1879, ocupó militarmente el puerto boliviano de Antofagasta

"El Comercio", guiado por mano honesta y sagaz, mantuvo la ecuanimidad en un ambiente de máxima exaltación. Diario muy bien enterado de los asuntos del gobierno, con ideas claras y objetivas sobre el precario estado de nuestro Ejército y de la Escuadra, sin olvidar un instante la pavorosa crisis económica que atravesábamos, recomendó la neutralidad ante la

inevitable guerra entre Bolivia y Chile. Miró Quesada debió conocer la existencia del Tratado Secreto Peruano-Boliviano de 1873, pero con la discreción que caracterizaba todos sus actos, no mencionó el tema para no comprometer al Perú.

En las tensas semanas que siguieron a la captura de Antofagasta y hasta el momento en que Chile nos declaró la guerra, **"El Comercio"** supo conservar el equilibrio "entre la dignidad levantada y la mesura, entre el arranque épico y la bien ponderada previsión". Mas, a la hora de empuñar las armas, Miró Quesada editorializó con su habitual entereza: "Escuchamos, antes que todo, las exigencias del deber, y no creemos que entre ellas pueda haber ninguna superior al mantenimiento de la dignidad nacional".

Durante el primer año de la guerra **"El Comercio"** no sólo ofreció información veraz y minuciosa del curso de las operaciones tanto en el mar como en tierra, sino que contribuyó decididamente a mantener vivo el espíritu patriótico, la moral de nuestro pueblo que tuvo que sufrir sucesivos y rudos golpes.

Pero José Antonio Miró Quesada hizo todavía mucho más por el Perú. Arriesgando su vida, en forma totalmente desinteresada, viajó a Panamá en el transporte "Talismán" —comandado por el C. de F. Leopoldo Sánchez— logrando en el istmo, gracias a su habilidad y relaciones personales, embarcar un importante cargamento de armas con las que retornó al Callao.

Cuando se produce la deserción del presidente Mariano Ignacio Prado, **"El Comercio"**, al igual que la prensa toda de Lima, tuvo frases justificadamente lapidarias para con el mandatario que actuaba en forma tan inexplicable. En realidad, el descontento, la desconfianza hacia el gobierno, el descrédito de éste, eran sentimientos que se habían gestado durante los meses de una guerra desventurada que sólo tuvo para el Perú momentos de triunfo y esperanza mientras el monitor

"Huáscar", al mando de Grau, surcó las aguas del Pacífico.

"El Comercio", pues, no creó el caldo de cultivo de indignación nacional que hizo posible el acceso al poder del inquieto y carismático caudillo Nicolás de Piérola. En hora tan desafortunada, después de sucesivos desastres bélicos, cuando el enemigo estaba ya enseñoreado en nuestro departamento de Tarapacá, Nicolás de Piérola era el único hombre que en ese momento tenía capacidad de convocar la adhesión y la confianza multitudinaria en torno a su persona; el único que podía intentar un esfuerzo supremo para detener el desastre o, al menos, como a la postre lo hizo, salvar el honor del Perú en los campos de San Juan y Miraflores.

Piérola, como se sabe, clausuró **"El Comercio"** en enero de 1880 y el diario sólo reaparecería cuando el invasor desocupó Lima. Fue, ciertamente, una grave equivocación. José Antonio Miró Quesada, como era su norma, defendió hasta el fin los fueros de la libertad de imprenta: sin amedrentarse, con altura, serenidad y gallardía. Años después, aquietadas las pasiones, el "Califa" reconocería noblemente su error ofreciendo a Miró Quesada una sincera amistad que éste supo retribuir, con igual hidalguía, y sin asomo de amargura ni rencor.

Durante los años de la ocupación chilena Miró Quesada apoyó constantemente los afanes patrióticos, la terca resistencia al invasor sustentada por Andrés A. Cáceres. El director de **"El Comercio"** fue una suerte de consejero y enlace político del héroe de La Breña en la capital. De ello quedan numerosos testimonios escritos en poder de los descendientes del ilustre periodista, algunos de los cuales acaban de ser publicados en un enjundioso trabajo del historiador Aurelio Miró Quesada Sosa.

Pero todavía cabe agregar mucho más en torno a la estrecha relación existente entre Cáceres y la fa-

milia Miró Quesada. Un hermano de José Antonio, el destacado oficial de nuestra Marina de Guerra, C. de N. Gregorio Miró Quesada, murió a causa de las heridas que recibió en Trujillo cuando al frente de tropas caceristas se enfrentaba a fuerzas que obedecían al general Iglesias durante la trágica guerra civil que asoló nuestro país entre 1883 y 1885.

"El Comercio", que reapareció cuando el tren que conducía los últimos destacamentos chilenos dejó la capital con rumbo a Chorrillos, tuvo que inclinarse ante el hecho consumado del Tratado de Ancón.

"El Comercio", y principalmente su director, —que nunca negaron su respaldo a Cáceres— tuvieron que soportar los embates, presiones y censuras del gobierno de Iglesias durante los años que duró la guerra civil entre éste y el vencedor de Tarapacá. José Antonio Miró Quesada, por su amistad con el coronel ayacuchano, sufrió persecución y destierro. A la postre, el propio caudillo de La Breña, el indomable Cáceres, reconoció y aceptó el Tratado de Ancón. Así consta en la carta que fechó en Huancayo el 6 de junio de 1884, dirigida al jefe de las fuerzas chilenas en Junín, donde le dice: "En tales circunstancias de aniquilamiento y ruina (del país), el deber y los intereses permanentes del Perú me han obligado a reconocer el refrido Tratado de Paz como un hecho consumado, quedándome por la voluntad manifiesta de los pueblos, la sagrada tarea de reconstruir el Perú sobre las más sólidas bases que afiancen su engrandecimiento y garanticen su porvenir".

Cuando Cáceres asume el poder constitucional en 1886, José Antonio Miró Quesada recibe tal vez el encargo más importante y delicado del Gobierno: se le nombra Agente General Financiero de la República en Europa. El General Cáceres no podía confiar tan delicada tarea a otra persona que no fuera su amigo Miró Quesada, avalado desde siempre por su talento, probidad y amor al Perú. Dos eran los problemas

fundamentales de tan importante y difícil comisión: liquidar el contrato celebrado por el Gobierno peruano con la casa Dreyfus sobre la base de la venta del guano y el arreglo con los consignatarios de ese instante, la Peruvian Huano Company Limited.

Años más tarde, el sucesor de Cáceres en la Presidencia de la República, Coronel Remigio Morales Bermúdez, encargó también al director de **"El Comercio"** una delicadísima misión en Chile —relacionada con el asunto Dreyfus— confiriéndole el rango diplomático de Agente Confidencial del Gobierno peruano. Miró Quesada cumplió una vez más con éxito su cometido. Trajo, además, de regreso al país, los archivos oficiales de los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Hacienda, que habían sido llevados a Chile cuando el invasor ocupó Lima.

No es posible, dentro de la brevedad que exige una nota periodística, detallar los muchos, altruístas e invalorables servicios que prestó al Perú don José Antonio Miró Quesada en los años dolorosos y cruciales de la guerra y post-guerra con Chile. Por ello, por un estricto deber de justicia, al concluir el año destinado a honrar a Nuestros Héroes de la Guerra del Pacífico, rendimos público homenaje a esa figura señera, a ese patriarca y maestro del periodismo que fue José Antonio Miró Quesada, a quien el Perú debe gratitud y respeto.

JACINTO LOPEZ, HISTORIADOR DE LA GUERRA NAVAL

> Entre las figuras de escritores americanos, hay algunas que inspiran admiración, pero no de todas ellas puede decirse que inspiran respeto. En el número, raro por desgracia, de los que merecen el homenaje de estos sentimientos hay que colocar en puesto de honor a Jacinto López.
>
> Víctor Andrés Belaunde.

El historiador e internacionalista venezolano Jacinto López (1864-1942) es, sin lugar a dudas, una de las figuras más sugestivas e interesantes de la intelectualidad y de la política en la primera mitad del presente siglo. El, como Sarmiento, Alberdi o Montalvo, vivió largos años —casi toda su vida— en el destierro. Por su importante obra escrita, por su entusiasmo romántico, el desinterés de todos sus actos, la fuerza moral que presidió su vida y por su austera dignidad, López puede ser catalogado como uno de los grandes escritores de América.

Nació Jacinto López en el seno de una vieja y aristocrática familia de Valencia, capital del estado de Carabobo, y fue su padre don Marcos López, aquél patricio venezolano a quien el presidente Antonio Guz-

mán Blanco ponía siempre como ejemplo de hombre probo.

López hizo sus estudios en la Escuela Politécnica de Caracas y, cuando cumplió los 20 años, junto con otros jóvenes inquietos e idealistas como él, fundó un pequeño diario desde cuyas columnas, con la vehemencia de sus pocos años y el fervor de su encendido patriotismo, clamó por la moralización pública propugnando el ingreso de Venezuela en la senda de la democracia. Sus artículos le dieron muy pronto merecida fama llevándolo a la representación nacional y, posteriormente, fueron causa de su primer destierro.

Mas el periodista no se conformó con el quehacer doctrinario acompañando por ello al General Colima cuando abrió campaña contra el usurpador Andueza Palacios. Derribado éste —dice Víctor Andrés Belaunde— López desempeñó los puestos de Secretario de la Presidencia de la República, Secretario General del Estado Los Andes y Miembro del Congreso Nacional, ejerciendo notable influencia en los acontecimientos anteriores a los regímenes dictatoriales de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Cuando Castro, quien gustaba hacerse llamar "Moisés de la República" ocupó el poder, Jacinto López inició una severa campaña periodística condenando sus arbitrariedades y latrocinios. Castro entonces lo envió por 3 años a la cárcel, en las siniestras prisiones de Puerto Cabello y en la Rotunda, para finalmente expulsarlo del país. Se inició así el larguísimo ostracismo del gallardo periodista quien eligió Nueva York como centro de sus incansables y dilatadas actividades en pro de la democracia y de todas las causas justas.

Enemigo de los regímenes de opresión, en su patria o fuera de ella, Jacinto López los combatió por sistema, por dignidad personal, por el alto concepto que siempre tuvo de la libertad de los pueblos. Por ello no quiso regresar a Venezuela y prefirió un des-

tierro interminable en los Estados Unidos el cual, fiel a sus convicciones éticas y principios democráticos, sobrellevó con ejemplar laboriosidad y decoro.

La obra periodística de López está dispersa en numerosos diarios y revistas tanto de los Estados Unidos como de América Latina. Escribió principalmente en "Novedades" y en "La Reforma Social", mensuario este último dedicado a temas económicos, políticos y de derecho internacional que él fundara y dirigiera por espacio de diecisiete años. "La Reforma Social" se editaba en Nueva York, en idioma castellano, aunque su administración y distribución se hacía desde La Habana.

Los artículos y ensayos de Jacinto López dieron siempre cumplido testimonio de su honestidad, talento y amplia información. Pudo así llenar a cabalidad la misión que se había trazado: defender la justicia y la democracia y condenar, con argumentos y frases restallantes, las tiranías de todo signo y jaez. "Más de una vez —ha escrito Alejandro Revoredo— se quiso paralizar la mano de este profesor y renovador de catilinarias, que desde el ascetismo y estrechez económica de sus tiendas de proscrito, seguía impertérrito, lanzando las más altivas y amargas imprecaciones a métodos políticos que repugnaban a su conciencia de hombre libre y de hombre culto. Pero nada podía desviarlo de la áspera trayectoria que había marcado a su existencia, y que él recorría como un iluminado, insensible a todas las voces y a todos los conjuros que no trajeran un mensaje de bien, de justicia, de verdad, únicos que podían encontrar resonancia en su selecto espíritu".

López formó en las filas, por desgracia minoritarias, integradas por aquellos hombres dignos de admiración y respeto para quienes la ética y la conciencia son valores superiores al éxito político, al poder, a la riqueza y al prestigio. A lo largo de su vida, el internacionalista venezolano tuvo siempre una conducta

de servicio prioritario a la conciencia. Para él, la política no fue una meta, un triunfo que debía alcanzarse a cualquier precio. En su caso, en toda ocasión, valió más la coherencia interior que una victoria que pudiera empañar su sincera y altiva honestidad.

Jacinto López y el Perú

La singular tesitura espiritual de Jacinto López nos explica por qué asumió con absoluto desinterés y total entrega la defensa de las causas internacionales del Perú. Se puede decir, sin hipérbole, que tuvo la noble misión de apoyar siempre, con la gallardía de su pluma, los anhelos de nuestra patria.

"El Perú ha sido un país víctima de todas las injusticias —solía repetir— seguramente porque es un pueblo noble y generoso". A este pueblo, que tan alto concepto le merecía, dedicó numerosos artículos en "La **Reforma Social**". Ya en 1919, al producirse el golpe de estado del 4 de julio que depuso a José Pardo, comentaba: "...Es urgente, primario, elemental, imprescindible deber suyo (de Augusto B. Leguía) probar concluyentemente los cargos que ha hecho al Presidente Pardo. Es un deber del mismo imperioso carácter probar del mismo modo que él es el presidente electo. El mundo debe estar absolutamente cierto de estos dos hechos conexos y fundamentales... la culpabilidad del Presidente Pardo y la legitimidad del Presidente Leguía, para absolver el acto de fuerza del 4 de julio y considerarlo como un acto de reivindicación del derecho y de la soberanía del pueblo".

Apunta en esas líneas, como en su obra toda, la fervorosa pasión que sentía López por la justicia, según él "lo único grande y admirable que existía en la vida". Este amor por la justicia hizo que defendiera con tesón los derechos y la razón que asistían a nuestro país para que nos fueran devueltas por Chile, el agresor de 1879, las provincias cautivas de Tacna y Arica.

"Los hombres que no se hacen cruzados de las causas nobles, sea cual fuera el origen de ellas —gustaba puntualizar López— no merecen la consideración de quienes les tratan. Ser justo es el mejor retrato moral de un individuo. La fotografía mejor que se puede exhibir y dejar a las generaciones que nos preceden es la de ser justos y honrados". Consecuente con estas palabras, el gran periodista apoyó también la posición del Perú frente a Colombia, impugnando el Tratado Salomón-Lozano y cuando se produjo el problema de Leticia. Sobre el particular, López escribió dos folletos: **"Los Tratados de Límites y la Paz Internacional Americana. El Tratado Secreto de 1922 entre Colombia y el Perú"**, publicado en 1932 y **"Lecciones del Conflicto entre Colombia y el Perú. Resultante del Tratado Secreto de 1922"**, que circuló a fines de 1933.

En este último opúsculo sostenía: "El objeto de este trabajo es comprobar que, a pesar de la derrota del Perú en la opinión pública, el Perú tiene razón, y su causa en este conflicto es la causa de la verdad, del derecho y de la justicia, la causa de la civilización... Creemos hoy como ayer que esta cuestión interesa vitalmente a toda la América. El Tratado Secreto de 1922 es un atentado contra los principios fundamentales de las relaciones políticas entre las repúblicas americanas, en realidad, de las relaciones humanas. Estos principios fueron atrozmente violados para que ese tratado fuera posible. La cuestión que de este hecho emana es una cuestión moral, una gran cuestión moral, cuya solución importa inconmensurablemente al mundo civilizado y especialmente a la América".

Amigos peruanos y viaje a Lima

El fervor peruanista de Jacinto López, su amplia información sobre nuestra realidad, se acrecentaba gracias a las largas charlas que sostenía con nuestros compatriotas residentes o de paso en Nueva York y, con aquellos otros, con quienes mantenía nutrida co-

rrespondencia. Recordaba siempre con afecto —entre sus buenos amigos peruanos— a Felipe Barreda y Laos, Manuel Vicente Villarán, Carlos Concha, Alejandro Revoredo, Luis y José Pardo y Barreda, Germán Arenas y Augusto Durand.

Su labor en pro de los derechos de nuestra patria fue motivo para que en repetidas oportunidades se le invitara oficialmente a visitar el Perú. En 1921, cuando las festividades del Centenario de la Independencia, no pudo venir por razones personales. En 1924, para el Centenario del triunfo de Ayacucho, declinó la invitación que le hizo llegar Leguía por considerar que su régimen era una tiranía. Más tarde, a raíz de la publicación de sus folletos sobre la cuestión con Colombia, el Presidente Sánchez Cerro le pidió venir a Lima a dictar unas conferencias, pero el asesinato del mandatario truncó la visita. Finalmente, en 1935, al celebrarse el Cuarto Centenario de la Fundación de Lima, la Municipalidad capitalina lo invitó en forma especialísima y llegó al Callao, en el "Santa Bárbara", los primeros días de ese año.

Sólo entonces pudo recibir los homenajes de admiración que merecía tan leal amigo del Perú. Sin falsa modestia, con exquisito don de gentes, López supo granjearse el aprecio y la simpatía de quienes le trataron en su larga estada en Lima, que se prolongó por más de cinco años. Aquí, sin abandonar sus asiduas colaboraciones periodísticas —única fuente de ingresos para su economía— trabajó intensamente en una biografía de Manuel Pardo. En Nueva York, como ya quedó dicho, había trabado estrecha amistad con Luis y José Pardo y Barreda, hijos del ilustre mandatario, quienes lo entusiasmaron y convencieron para que asumiera la tarea de escribir una obra definitiva sobre el primer presidente civil del Perú.

Con la minuciosidad que le era característica, leyendo de pie o paseando a largos trancos, Jacinto López revisó el copioso archivo familiar de los Pardo,

diarios y folletos de la época y, en fin, toda la bibliografía necesaria para dar cima a su ambicioso empeño. Desgraciadamente sólo pudo redactar las páginas correspondientes a la gestión de Pardo como Secretario de Hacienda de la Dictadura de Mariano Ignacio Prado. Este sólido trabajo fue publicado en Lima, en 1947, después de la muerte de su autor.

La Guerra del guano y el salitre

En Nueva York, en las prensas de Le Laisne & Rossboro, Inc., en 1930, apareció el libro principal en la obra de Jacinto López: la **"Historia de la Guerra del Guano y el Salitre o Guerra del Pacífico entre Chile, Bolivia y el Perú"**. Desde muy joven, según propio testimonio, se había interesado por las causas y el desarrollo de la conflagración del Pacífico, por lo que fue leyendo y acumulando material bibliográfico con la idea de escribir sobre ella con la más absoluta y definitiva imparcialidad, tal como era su costumbre. Hombre idealista, caballero andante de las causas buenas, López quedó deslumbrado ante la figura señera de Miguel Grau. "¡Un país que tuvo un hombre como este — solía exclamar con frecuencia— nunca debió ser vencido!".

El libro sobre la contienda entre el Perú y Chile fue preparado en Nueva York, a lo largo de muchos años, utilizando ese riquísimo repositorio que es la Biblioteca Pública de la ciudad, en la Quinta Avenida, a donde acudía diariamente desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en que hacía un frugal almuerzo-comida. López jamás se costumbró a utilizar la máquina de escribir. Sus originales, manuscritos, no contenían la menor enmendadura. Cuando se equivocaba o corregía, cosa poco frecuente, prefería romper la cuartilla y comenzar de nuevo.

Su proyecto inicial, según consta en el prólogo que redactó a ese libro, fue escribir una historia de la Guerra del Pacífico en cuatro volúmenes: las causas y

orígenes de la contienda, la guerra naval, la guerra terrestre, la paz. Mas al conmemorarse el primer centenario de la muerte del Libertador Bolívar y en tributo a su egregia memoria, adelantó la publicación de un primer tomo —que a la postre sería el único— conteniendo un resumen del primer volumen, a guisa de introducción, y la campaña naval minuciosamente estudiada.

En un homenaje que le ofreciera la Marina de Guerra del Perú en la Escuela Naval, en enero de 1935, Jacinto López hizo una extensa y emocionada explicación de por qué había abordado la tarea de escribir sobre la contienda del Pacífico. "Grandes pasiones heroicas —dijo en esa oportunidad— decidieron muy temprano mi destino y en el culto y el servicio de estas pasiones ha transcurrido mi vida. Estas pasiones son la libertad, la verdad, la justicia, la moral, el derecho, la humanidad. Estas pasiones explican mi obra de escritor. Estas pasiones son toda la explicación de mi vida. Mi destierro perpetuo, la tragedia de mi vida en la adversidad y el dolor, compendian la ofrenda de mi vida en el altar de estas pasiones, las pasiones sublimes de la vida. Mi obra histórica de la guerra entre Chile, Bolivia y el Perú, es hija de estas pasiones y fruto lógico, natural de mi espíritu, de mi vida. Yo recibo este homenaje como ofrecido no exactamente a mí, a mi persona, sino a las grandes cosas que yo represento en este mundo, a la verdad, el valor, el dolor, el sacrificio, el destierro, el amor, el ideal, la luz".

"El estudio de la Guerra de 1879 —siguió diciendo— encendió las pasiones heroicas de mi corazón, las grandes pasiones fundamentales de la vida, las pasiones que constituyen toda la fragua y toda la fuerza del mundo espiritual; y me dediqué a escribirla, y la escribí como un monumento digno de una vida consagrada al trabajo trascendental y al triunfo de la verdad y de la justicia. No era posible que estando yo en este mundo no se escribiera la historia del acontecimiento más

importante, más trágico, más trascendental de la Historia de América después de la Independencia. No era posible que estando yo en este mundo, la razón, la justicia, la victimación, el heroísmo, la gloria del Perú y de Bolivia en esta guerra no tuviera un expositor, un narrador, un historiador. Este es el génesis de mi Historia de la Guerra".

Una obra notable

En la **Historia de la Guerra del Guano y del Salitre** —ha dicho Raúl Porras Barrenechea— el venezolano Jacinto López "une la densidad de la documentación al vigor literario de la forma, logrando la más brillante síntesis histórica".

En la primera parte del libro luce la versación, la clara inteligencia, el juicio certero del internacionalista para probar, con maciza argumentación, cómo el Perú, que jamás quiso ni buscó la guerra, se convierte en víctima de los bien elaborados y antiguos proyectos expansionistas y hegemónicos de Chile sobre el Océano Pacífico. Sin embargo, es al estudiar la guerra naval cuando Jacinto López alcanza las cotas más altas y brillantes como historiador reconstruyendo magistralmente los episodios en que desborda el heroísmo y capacidad profesional de los marinos peruanos cuyo arquetipo fue Miguel Grau.

Las fuentes que utilizó para su trabajo fueron principalmente la **Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia** de Mariano Felipe Paz Soldán, la **Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia** de Tomás Caivano, la **Guerra del Pacífico** de Gonzalo Bulnes, la **Historia de la Campaña de Tarapacá** de Benjamín Vicuña Mackenna, la **Historia de la Guerra del Pacífico** de Diego Barros Arana, los **Episodios Marítimos**, también de Vicuña Mackenna, la **Historia de la Marina de Guerra del Perú** de Manuel I. Vegas García y, fundamentalmente, explotó a fondo y

con pericia de experimentado historiador los grandes y nutridos volúmenes de la **Recopilación Documental** de Pascual **Ahumada Moreno.**

Como vemos, espigó tanto en la bibliografía chilena como en la peruana y en todos los repositorios que tuvo a su alcance en Nueva York. Pudo así redactar una historia palpitante, ágil, llena de acertados comentarios, de juicios penetrantes, de comparaciones didácticas. Si a lo largo de la obra aparecen largos párrafos llenos de admiración y elogio para los marinos peruanos, esto no es producto de una simpatía gratuita sino el resultado lógico, imparcial, de una sensibilidad impactada por el heroísmo y capacidad de los peruanos quienes suplieron, a fuerza de energía y talento, profundas carencias materiales.

Con su habitual lucidez, Jacinto López valoró en toda su magnitud la importancia de las acciones navales cuya suerte era decisiva para marcar el rumbo definitivo de la guerra. Quien lograse el dominio del mar, tenía ganada la contienda. A este respecto, la suerte estaba echada de antemano contra nuestro país. La superioridad naval de Chile, basada en dos modernos blindados, era realmente abrumadora, inalcanzable. El Perú no tenía esperanzas de victoria.

Nuestra escuadra estaba compuesta por buques como la fragata blindada "Independencia" que, según la opinión calificada de Grau, era sólo un barco de tercer o cuarto orden. El monitor "Huáscar", la mejor nave, también según juicio de Grau, no podía considerarse entre las de primer orden. Las otras unidades o eran sólo pontones —como los monitores de río "Manco Cápac" y "Atahualpa"— o buques de madera, presa fácil de los blindados.

Pero si el material a flote era débil y obsoleto, la mayor desventaja del Perú se daba en su carencia de tripulantes. Bien es cierto que contábamos con una oficialidad capaz y experimentada, hombres como Mi-

guel Grau, Aurelio García y García, Guillermo More, Camilo Carrillo, Manuel Villavisencio, Leopoldo Sánchez, Nicolás Portal y otros más, verdadera élite naval, la más brillante y heroica pléyade de marinos en nuestra historia republicana. Pero carecíamos de tripulantes y, sobre todo, de artilleros.

Al momento de iniciarse la guerra con Chile una porción significativa de las tripulaciones de nuestra escuadra estaba compuesta por chilenos a los cuales debió darse de baja inmediatamente. Surgió entonces el problema de encontrar sustitutos capaces; pero en la mayoría de los casos hubo que echar mano de gente bisoña que trataba de suplir su inexperiencia con entusiasmo y patriotismo.

Mas las tripulaciones y los artilleros no se improvisan. El aprendizaje de las tareas de la mar y del combate es lento. La experiencia se recoge como fruto de muchas singladuras e incesantes ejercicios. Por eso, como bien señala López, el Perú no podía alimentar la menor esperanza de victoria.

De muy distinta manera pensaba la mayoría de las gentes en el Perú al momento de iniciarse la guerra. Persistía aún entre nosotros el aura triunfal del 2 de Mayo de 1866. Se creía, con mal fundado optimismo, que los buques comprados para la guerra contra España podían ser útiles todavía y servir para ratificar nuestra hegemonía naval en el Pacífico. Hegemonía, por otra parte, que ya habíamos perdido desde 1874 cuando Chile adquirió sus blindados Cochrane y Blanco Encalada.

"¡Que salga la escuadra!" era el grito más repetido en los mítines patrióticos que recorrían diariamente las calles de Lima. "¡Que salga la escuadra!" pedían irresponsablemente los estrategas de café y aun muchos políticos. No sabían, o no querían saber, quienes con tanta vehemencia clamaban por el inicio de la campaña naval, que nuestros viejos buques, en

los cuales se efectuaban urgentes y provisorias reparaciones, estaban inermes y hubieran sucumbido fácilmente ante el poder artillero de las unidades enemigas si éstas, como en efecto se pensó en Chile, hubieran venido hasta el Callao al momento de romperse las hostilidades.

Quiso la Providencia que esto no sucediera y, para asombro de todos, el Perú, el país más débil, tomó la iniciativa de la guerra en el mar. Una iniciativa que no perdería en ningún momento pese al aciago aunque lógico curso de los acontecimientos. Ya el 7 de abril, apenas dos días después de la declaratoria oficial de la guerra, la Segunda División Naval compuesta por la corbeta "Unión" y la cañonera "Pilcomayo" al mando del Capitán de Navío Aurelio García y García ponía rumbo al sur con el propósito de cruzar las líneas del enemigo. Al mismo tiempo los transportes llevaban hombres y material para fortificar apresuradamente los puertos de Arica e Iquique.

Comienza aquí lo que López ha llamado apropiadamente "el milagro de la guerra". En realidad el milagro del "Huáscar" y de su comandante Miguel Grau, "la historia de la guerra sostenida, después de la pérdida de la "Independencia" en la primera acción naval, por un solo buque peruano, el "Huáscar", desde mayo hasta octubre, contra toda la escuadra chilena. Y el "Huáscar" —remarca López con verdad— no tenía artilleros, ni tropa veterana, ni tripulación adiestrada, ni buenas condiciones marineras, ni buena máquina y las reparaciones que se le habían hecho a toda prisa eran imperfectas e incompletas".

Durante cinco meses el Huáscar, gallarda y hábilmente comandado por Miguel Grau, puso freno a los designios del enemigo haciéndolo dudar, incluso, de la victoria final. Durante cinco meses la esperanza de todos los peruanos estuvo en manos de sus marinos. Todos sabían que éstos volverían después de haber peleado como buenos o no volverían jamás. Que retor-

narían a los puertos de la patria con la victoria o buscarían tumbas gloriosas en el fondo del mar.

De las páginas de la **Historia de la Guerra del Guano y del Salitre** surge trazada por la sensibilidad y la erudición de López una efigie notable de Grau. El nos dirá que la guerra no hizo a nuestro epónimo Almirante sino que lo reveló. "En él había —señala— un predestinado, un héroe de la eternidad. Su audacia, su determinación, su valor, su inspiración, su generosidad, su nobleza, su facultad de realizar siempre lo inesperado, lo imprevisto, lo increíble y lo imposible; la suprema proeza y el supremo servicio de guardar él solo con su frágil nave, que su genio y su heroísmo habían hecho legendaria, pero que en verdad estaba desarmada, porque carecía de artilleros y su solo poder ofensivo efectivo estaba en el espolón; su obra toda en la guerra; su heroica y terrible muerte, en fin, bajo los fuegos de los dos acorazados chilenos en el encuentro tanto tiempo evadido y a la postre inevitable, fijan su papel y su personalidad en esta guerra como un texto clásico, singular, aislado, único, para el aprendizaje y la educación de las generaciones en la belleza heroica del espíritu humano y en la concepción de la gloria y de la inmortalidad. Esta herencia, la herencia del "Huáscar", la herencia de Grau —concluye— es incomparable en su valor permanente de elevación y transfiguración".

Casi cincuenta años después de su primera edición, la **Historia de la Guerra del Guano y del Salitre** sigue siendo un libro fundamental para el conocimiento de la gloriosa campaña naval de 1879. Lástima grande es que hasta el momento no se hayan publicado los volúmenes restantes de esta obra que, según tenemos entendido, quedaron terminados antes de la muerte de su autor ocurrida en Caracas en 1942.

Para los peruanos Jacinto López será siempre un personaje singularmente grato. Un nombre y una memoria con los cuales nuestro país tiene una deuda

de gratitud aún no saldada. Estamos seguros que las nuevas generaciones encontrarán en las páginas magistrales de su obra más importante, el mensaje siempre valioso y constructivo para la forja de nuestra nacionalidad, aquel que legara con su heroísmo Grau y, junto a él, todos nuestros valientes marinos.

LIMA Y LOS CHINOS

Son numerosos y de variado origen los testimonios sobre la participación de los **culíes** chinos en la Guerra del Pacífico. Estos trabajadores asiáticos de las haciendas costeñas del Perú se plegaron casi masivamente al ejército invasor en la Campaña de Lima.

En su marcha desde Pisco a nuestra capital, a su paso por Chincha, Cañete, Asia, Mala y Bujama, las tropas chilenas fueron acogidas jubilosamente por los **culíes** que abandonaban las faenas del campo. "Los chinos nos sonreían y en el afán de demostrarnos sumisión y amistad —dice Alberto del Solar en **"Diario de Campaña"**— hacíannos toda clase de saludos, de la manera más cómica y servil".

Lo cierto es, como apunta Gonzalo Bulnes en su libro **"Guerra del Pacífico"**, que gran cantidad de chinos se plegaron a la división comandada por Patricio Lynch "y le prestaron toda la cooperación que podían". Este respaldo fue tan significativo que no escapó a la perspicaz observación del Teniente de Navío francés M. Le Leon quien en sus memorias tituladas **"Recuerdos de una Misión en el Ejército Chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores"**, señala: "Más de mil chinos habían venido a ponerse a disposición de los regimientos (chilenos), esperando de este modo verse libres de sus compromisos con sus dueños. La esperanza de sa-

quear a Lima —prosigue el marino— no era extraña a la presencia de muchos de ellos. Mientras tanto, ayudaban a los soldados a llevar sus armas y equipajes".

Destacó muy pronto como caudillo de los **culíes** un personaje que adoptó el nombre de Quintín Quintana. Dicho asiático, según repetía constantemente, se unió a los chilenos para vengar los sufrimientos de la virtual esclavitud a la que estaban sometidos sus connacionales en las haciendas donde "los trataban como a **pelos** (perros)".

Sería un error, sin embargo, pretender juzgar como un todo la conducta de los colonos chinos en el Perú durante la guerra. Creemos que hubo dos actitudes que se pueden diferenciar claramente. Los **culíes** de las haciendas, los asiáticos que seguían ligados a un duro contrato, aquellos que estaban sometidos a las tareas del campo, se plegaron casi masivamente a las tropas invasoras. Para decirlo en pocas palabras, estuvieron contra el Perú. Los otros, los chinos que ya tenían una posición hecha en base al comercio, como veremos más adelante, estuvieron en favor de su patria adoptiva.

Hacia 1879, recuerda Watt Stewart en "La **servidumbre china en el Perú**", más de la mitad de los colonos orientales había cumplido sus compromisos y estaban libres. En suma, había comenzado ya una activa integración social, sobre todo en Lima y otras ciudades y pueblos costeños.

Laboriosos, austeros, los chinos se incorporaron a la vida de la ciudad dedicándose principalmente a los negocios. Tenían bodegas, carnicerías, barberías, etc. Casi todas estas tiendas o talleres estaban agrupados en torno al Mercado Central limeño, en las calles Cañete, Ucayali, Paruro y Paita. Por ese tiempo, la colonia china tenía también varios teatros que se con-

vertirían, en los años de la ocupación, en lugar exótico y atractivo para la soldadesca invasora.

La Matrícula de Patentes, que los industriales de Lima estaban obligados a pagar en el año 1879, nos ofrece datos muy interesantes para conocer sobre las principales actividades a las que se dedicaban los asiáticos. Les vemos allí ejerciendo el oficio de barberos. Amán, por ejemplo, en la calle Pasco 72, pagaba matrícula de primera clase. Como barberos de segunda estaban Agustín Acán, en Ucayali 130 y otro Amán (nombre al parecer muy común pues se repite constantemente en la Calle Cañete 89.

Algunos asiáticos habían adoptado, para todos los efectos, apelativos del santoral, conservando sus apellidos chinos, pronunciados y escritos anárquica y pintorescamente por los limeños. Otros, más conservadores, seguían usando sus nombres primigenios que para muchos eran casi impronunciables.

En la Matrícula de Patentes ya mencionada vemos también una "Compañía de chinos", de tercera clase —en la calle Cañete 151— dedicada a trabajos de carpintería. Pero en donde destacaron aún más fue como cigarreros. Antonio Ponchán, en Carabaya 103, pagaba matrícula en la clase superior. Otros cigarreros como Sifó, en Ucayali 168; Manuel Amán, en Paruro 146 o Hijí, también en Paruro, estaban catalogados en la segunda y tercera clase.

Abundaban los chinos dueños de carnicerías. De primera clase era la de Afú, en la calle Chiclayo 53. No menor era el número dedicado a regentar **chinganas** (1). Destacaban en ese ramo José Asao, que era dueño de una de primera clase, en Ucayali 156. Sin

(1) **Chingana. Dice Juan de Arona, en su "Diccionario de Peruanismos", que chingana es 'una pulpería ínfima, que nunca está en esquina como aquélla, ni pertenece a un italiano".**

embargo, en la segunda, tercera y cuarta clase era donde los asiáticos copaban el mayor número de **chinganas.** Había también numerosos **fondistas** (2) como Achón, en Camaná 28; Anselmo Asén, en la calle Paita 50 y José Aní, en la calle Trujillo 257.

Hubo también chinos que regentaban grandes negocios, con pingües ganancias que les permitían vivir en la opulencia. Todo Lima conocía las oficinas importadoras de Wing Sein y Cía., en la calle Ucayali 130, así como las de Gaón Chay Junylá y las de Wing On Chon y Cía., ambas igualmente en la calle Ucayali.

Vemos, pues, que hacia 1879 la colonia china en Lima era heterogénea en cuanto a capacidad económica se refiere. Había chinos muy adinerados; los numerosos pequeños comerciantes, a su vez, gozaban de una posición infinitamente superior a la de sus paisanos que seguían ligados a las tareas del campo. Forzando los términos podríamos decir que entre ellos había la distancia existente entre esclavos y libertos. Una distancia que ocasionaría rivalidades y envidias que estallaron en forma desenfrenada y sangrienta en las horas trágicas que vivió nuestra capital la noche del 15 de enero de 1881, después de la derrota de Miraflores. (3)

A los pocos días que Chile nos declarara la guerra, las diversas colonias extranjeras residentes en Lima, Callao y otras ciudades del país, hicieron llegar sus aportes económicos a la Cruz Roja y a la Junta Administradora de Donativos, designada para tal efecto por el Gobierno.

(2) **Fonda. El Repertorio de Peruanismos del Diccionario Santillana (Madrid 1975, Edición del Ministerio de Educación) define fonda como "lugar modesto donde se consumen comidas y bebidas a precios módicos".**

(3) **Según el Censo de 1876, había en Lima 5,496 chinos hombres y sólo 128 mujeres.**

La colonia asiática limeña —mejor dicho, una fracción organizada de la misma— al igual que sus similares italiana, francesa, española, etc., nominó una comisión para que recaudara fondos entre sus connacionales, destinados a la Cruz Roja. Esta primera colecta entre la comunidad china produjo una suma pequeña, apenas ciento cuarentiocho soles. Los donativos más altos fueron de diez soles —como los de San Quil y Cía., Quen Son, Ponchón y Cía., o el de Pun-Yad Choo, uno de los médicos asiáticos— y los más modestos fueron de dos soles, como los de Chay Long y Tan Gin.

Pese al voluntario e inmediato aporte de la colonia china, la opinión pública limeña —excitada al máximo por la guerra— se manifestó en contra de ella. Se decía que los orientales permanecían al margen de las inquietudes del momento, que no les interesaba la suerte del Perú, que no demostraban fervor ni generosidad para con su patria adoptiva.

Esta imagen negativa cobró matices aun más sombríos a raíz de un suceso que conmocionó a la ciudad durante varias semanas. En mayo de 1879, el Alcalde de Lima, atendiendo a las reiteradas solicitudes de muchas personas y del periodismo, ordenó una investigación en las viviendas de los asiáticos consideradas como verdaderos focos de insalubridad y delincuencia.

Debemos recordar que la numerosa colonia china en Lima se había agrupado en torno al Mercado Central. Allí tenían sus tiendas, talleres y viviendas. Sin llegar a constituir una suerte de **ghetto**, los chinos eran poco inclinados a vivir en otras zonas de la ciudad, lo que trajo como consecuencia que ese barrio —en la década de 1870 al 80— se tugurizara de un modo alarmante.

El resultado de la pesquisa municipal causó un gran impacto. "Los lugares que ocupan los asiáticos

y la manera como en ellos viven —decía el documento pertinente— presentan el cuadro más terrible y alarmante. Esas habitaciones tan abundantes y tan estrechamente construidas se puede decir que son verdaderas colmenas humanas, donde la inmundicia, los vicios y los crímenes han llegado a su mayor apogeo. La atmósfera que allí se respira —prosigue el informe— es venenosa y se puede asegurar que esas guaridas son laberintos de muerte".

Las autoridades ediles, ante cuadro tan dramático, solicitaron al Prefecto el apoyo de la fuerza pública para obligar a los asiáticos a que cumplieran con las ordenanzas municipales sobre vivienda. Al mismo tiempo se decretó una fuerte multa de cien soles diarios para los reacios en el cumplimiento de la ley.

Los propietarios de esos tugurios infrahumanos eran algunos personajes importantes de Lima o bien otros asiáticos que se enriquecían explotando la necesidad de sus compatriotas.

Pocos días más tarde, tal vez con la intención de borrar la imagen negativa que había dejado en la opinión pública el informe municipal ya mencionado, un grupo numeroso de pequeños comerciantes chinos dirigió un oficio al Presidente de la Junta Administradora de Donativos para la Guerra, adjuntando la suma de dos mil quinientos ochenticinco soles.

El oficio, sin duda escrito por algún letrado limeño, decía en uno de sus acápites principales: "Teniendo V.S. en consideración que en la lista no aparecen donaciones algunas (sic) de parte de las casas fuertes de la misma nacionalidad (china) en el país, deploramos a la vez que la cantidad erogada no ascienda a la Suma deseada por los que suscriben. En nuestra ofrenda —concluía el documento— sólo debe mirarse el tesoro de gratitud de la colonia asiática para el generoso Perú, y nada más".

Era evidente el reproche de sus paisanos a los chinos propietarios de "casas fuertes" que dando muestras de insolidaridad no habían querido vincularse con los humildes, criticados chinganeros y artesanos. Contrastaba esa actitud con la de los miembros de la colonia italiana, que sumó los donativos de todos sus miembros —desde los más opulentos a los más pobres— brindando así a su patria adoptiva una crecida suma y un hermoso ejemplo de fraternidad.

Cabe mencionar que los ricos importadores chinos, en forma individual, hicieron llegar también su aporte —generoso la más de las veces— al esfuerzo de guerra del Perú. Vistas así las cosas, la colonia asiática en nuestro país estaba dividida —social y económicamente hablando— en tres sectores: los importadores, los pequeños comerciantes y los **culíes** de las haciendas. Cada uno de estos grupos, en orden ascendente, envidiaba y estaba enemistado con el otro.

Cuando a fines de 1880 se supo en Lima que los **culíes** de las haciendas marchaban en la vanguardia del ejército invasor, la reacción contra los chinos fue muy dura, pero no hubo ninguna represalia con los que vivían en la ciudad. Mariano Felipe Paz Soldán en su **"Historia de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia"**, anota: "Servían también de espías y mensajeros (de los chilenos) más de 300 chinos de las haciendas; en esta raza abyecta y degradada encontró un excelente auxiliar, el propósito de devastación que había empujado a la guerra a Chile".

La noche trágica del 15 de enero de 1881, cuando Lima estaba inerme y los campos de San Juan y de Miraflores habían quedado cubiertos con los cadáveres de sus bravos defensores, los miles de chinos **culíes** que venían con los chilenos "conocedores de la fortuna de sus compatriotas y de los lugares en que estaban situados sus almacenes —dice Mariano Felipe Paz Soldán—, entraron a la ciudad y princi-

piaron a saquear a sus mismos paisanos, prendiendo fuego después a los almacenes".

Así, en esas horas inciertas, tal vez las más negras en la historia de nuestra capital, los desposeidos culíes, mezclados con el lumpen de la ciudad, atacaron con furia siniestra a sus más afortunados paisanos.

La eficaz intervención de una guardia cívica internacional, formada por miembros de otras colonias, principalmente europeas, impidió que el ataque de los culíes se extendiera a otros barrios. El resultado de esa infausta jornada fue de más de 300 chinos muertos y muchos más económicamente arruinados.

Mas la suerte de los culíes —circunstanciales tropas auxiliares— no mejoró con el triunfo de los chilenos. Poco después buen número de chinos fue enviado por la fuerza a trabajar en las salitreras del sur. Otros, la mayoría, fueron devueltos a sus patrones de las haciendas, ya que los invasores comprendieron que no se podía paralizar la producción agrícola y la mano de obra asiática era insustituible.

Por otra parte, los vencedores tenían prejuicios raciales contra los chinos como queda demostrado por este significativo párrafo del "Diario de Campaña" de Alberto del Solar, quien en sus años mozos participó en la Guerra del Pacífico y en la ocupación de nuestra capital. Al respecto dice: "En Lima se calcula en casi un quinto de la población el número de chinos que la habitan. Raquíticos, sucios y mal traídos, pendencieros y flojos, suelen ser manejados a látigo como las bestias, a las cuales llegan a asemejarse cuando el abuso del opio los ha embrutecido casi del todo".

Esta prevención contra los asiáticos, extensamente compartida, perduró hasta las dos primeras décadas del presente siglo. Hoy, totalmente superada, nadie duda del valioso aporte chino en la forja de nuestra nacionalidad.

EL DEFENSOR DE LA HONRA NACIONAL

Se conmemorará este año el 99º aniversario de la batalla de Miraflores. De la derrota, de la congoja y del duelo, es posible también sacar provecho enseñanzas, ejemplos enaltecedores que nos dignifican como un pueblo que, sin escatimar sacrificios, dolor ni sangre, supo defender su honra y la integridad del solar patrio.

Casi a cien años de los acontecimientos, aún no se extingue la pasión al juzgar la conducta del hombre que desempeñó rol protagónico e insustituible en la defensa de Lima. Todavía se repiten —sin ubicarlas en su exacto contexto histórico— las injustas y procaces acusaciones que vertieran contra Nicolás de Piérola sus tenaces y sañudos adversarios políticos.

Mas la verdad es otra. Piérola, que sólo toma el mando de la nave del Estado cuando ésta ya se hundía, realiza una obra gigantesca y asombrosa. "Nuevo Gambetta —dirá Mariano H. Cornejo— Piérola encarna a un pueblo resuelto a purgar los errores buscando el sacrificio con la bravura del soldado castellano y con el estoicismo del guerrero indio. Organiza legiones sin recursos y las guía a batallas en que el infortunio exalta el heroísmo, así como la opulencia de las tinieblas exalta el brillo del relámpago".

Aquel 15 de enero de 1881 miles de peruanos, con Piérola en la primera línea de fuego, siempre en los sitios de mayor peligro, dieron muestras de valor y abnegación ejemplares. Allí se juntaron los esfuerzos de civiles y militares, de marinos sin barcos, de niños y ancianos. Mención aparte merecen los batallones "Guarnición de Marina" —comandado por el heroico Capitán de Navío Juan Fanning— y "Guardia Chalaca", que no sólo en Miraflores, sino en cualquier lugar y época, habrían causado admiración por su arrojo y gallardía.

Se ha dicho con verdad que lo mismo da triunfar que hacer gloriosa la derrota. La batalla de Miraflores, por ello, es una página que enaltece nuestra historia. La guerra no se perdió allí. La suerte estaba echada cuando muerto gloriosamente Miguel Grau y capturado el monitor "Huáscar", perdimos nuestro último broquel en el mar. A partir de ese momento las costas del Perú quedaron inermes y el enemigo pudo atacar, impunemente, donde y cuando quiso.

No negamos ni pretendemos tender un velo de blanda amnesia sobre los errores y omisiones que se cometieron al trazar el plan defensivo de la capital y en el curso mismo de las batallas de San Juan y Miraflores. Pero, por encima de fallas e incluso humanas imperfecciones y miserias, Piérola y los que combatieron junto a él salvaron lo que jamás debe perderse: el honor de un pueblo.

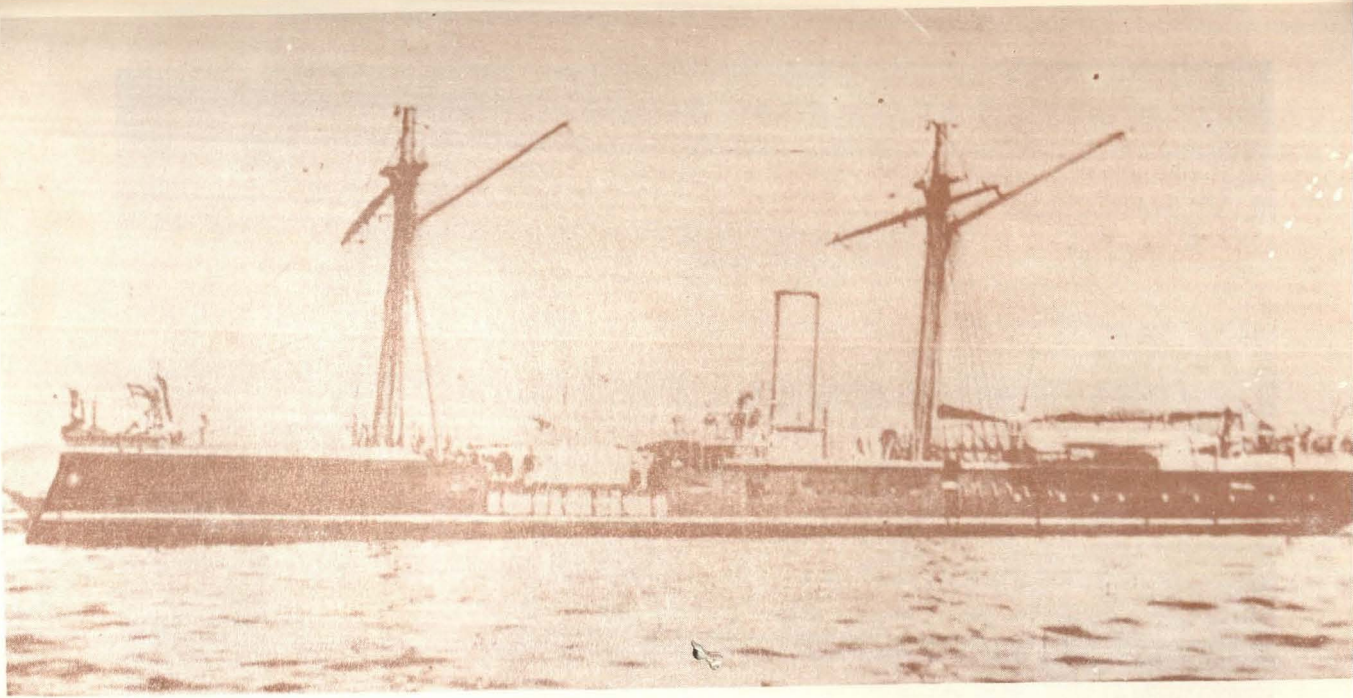
Ilustraciones



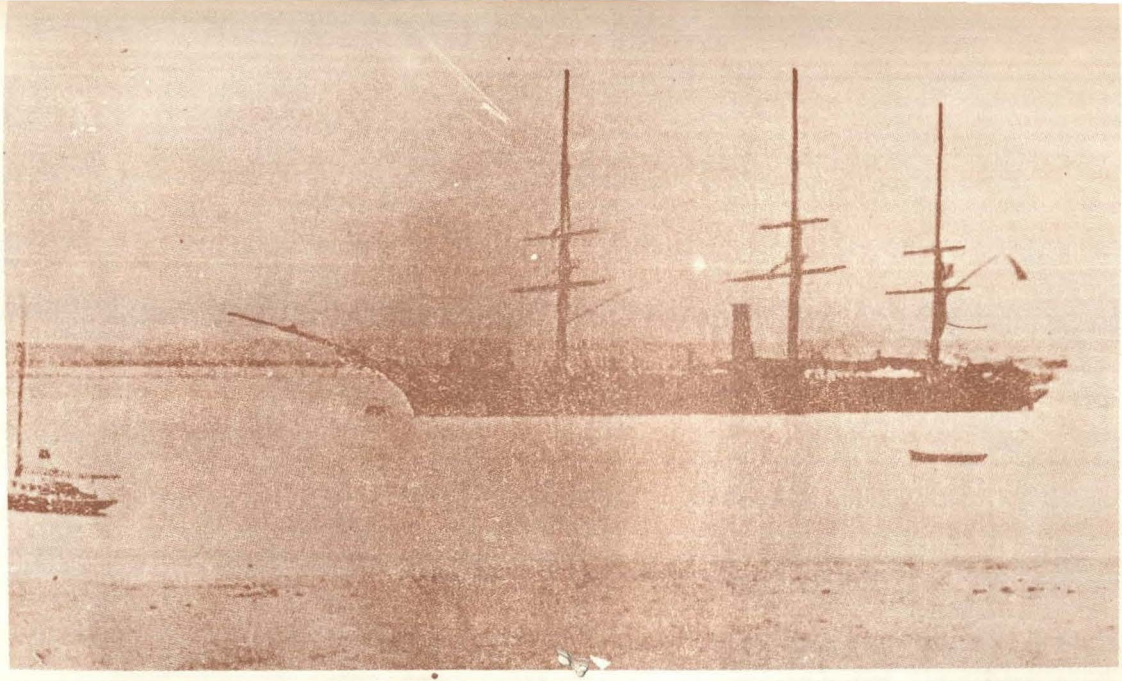
Gran Almirante Miguel Grau, paradigma de todas las virtudes del marino peruano.



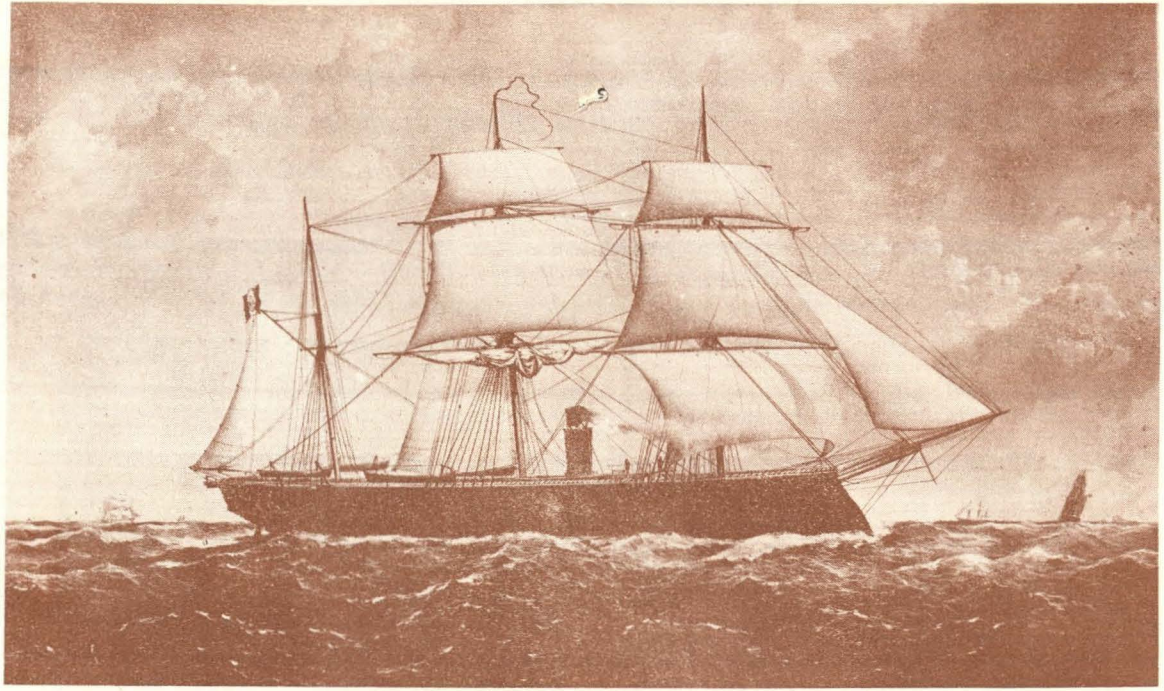
Capitán de Navío Aurelio García y García, Comandante General de la Segunda División Naval durante la guerra con Chile.



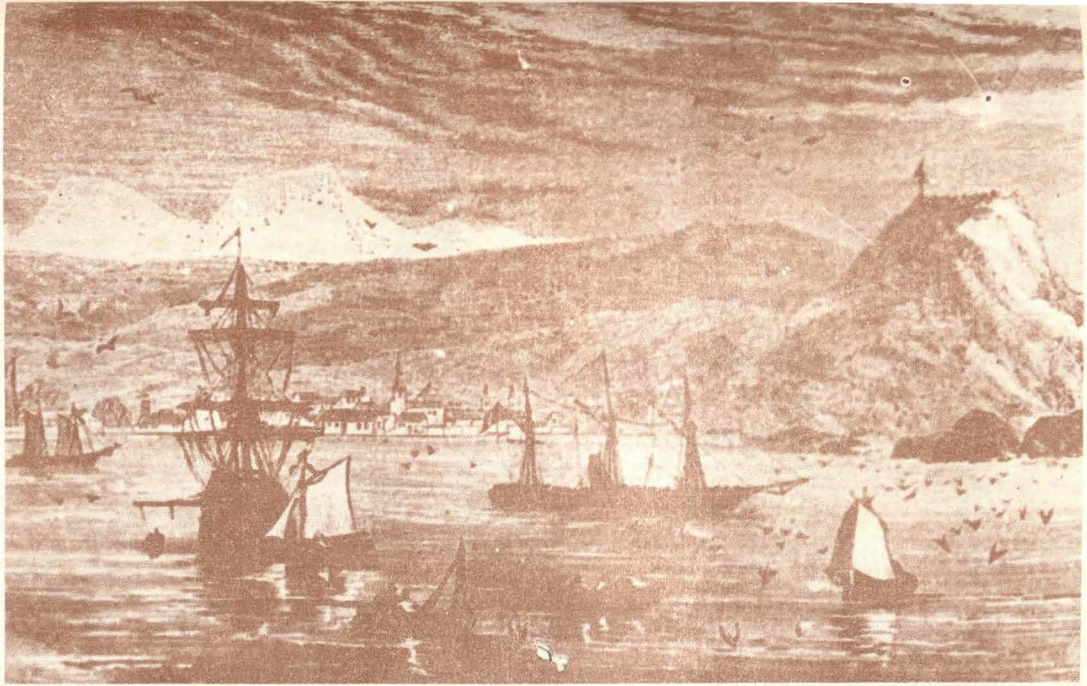
Así era el glorioso monitor "Huáscar" en los años previos a la Guerra del Pacífico



Corbeta "Unión", compañera del "Huáscar" en muchos episodios de la campaña naval de 1879. Prestó invalorables servicios al Perú.



Fragata blindada "Independencia", de trágico sino, perdida en Punta Gruesa



El puerto y el morro de Arica, escenario del heroísmo peruano en tierra y en el mar (Grabado del siglo pasado).



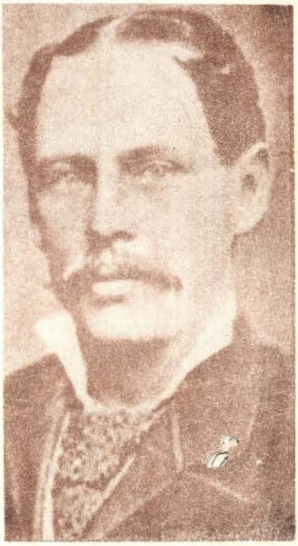
Una de las calles principales del Callao hace cien años. Obsérvese el antiguo "Marine Hotel".



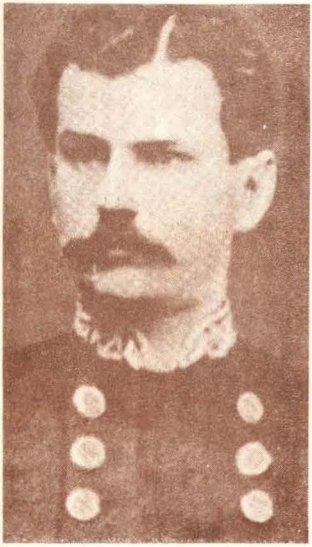
Contralmirante
Lizardo Montero



Vicealmirante
Melitón Carvajal.



Elías Aguirre



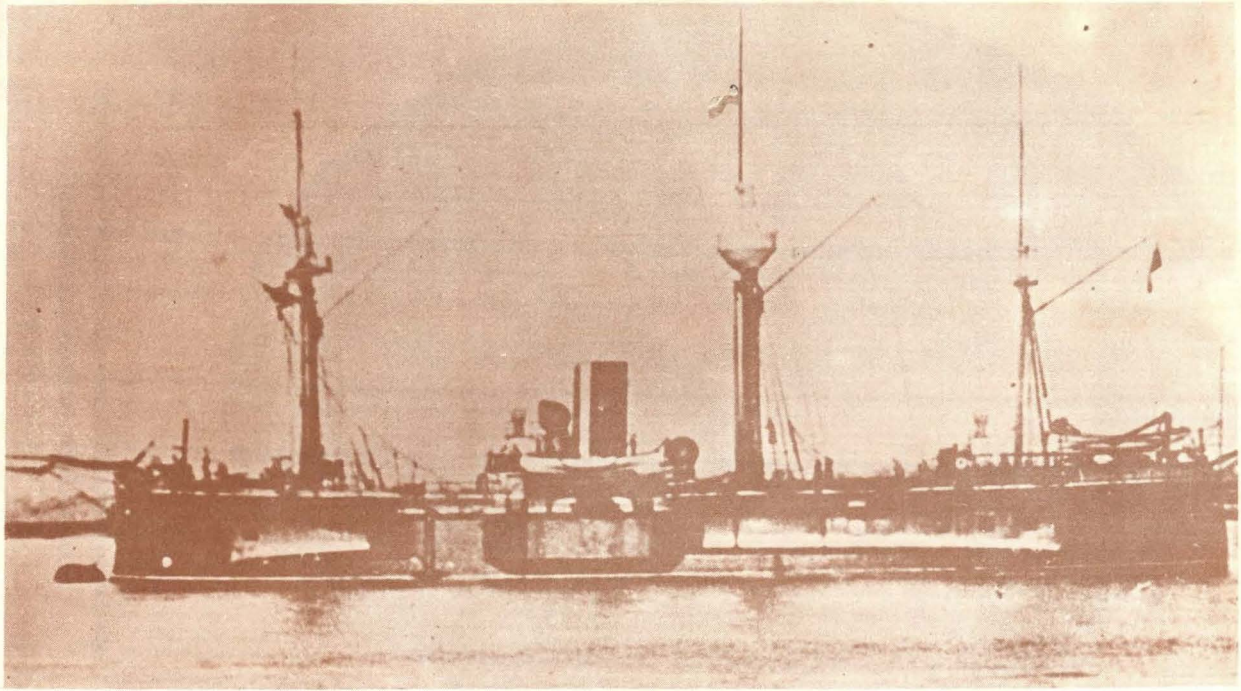
Diego Ferré



C. de N. Manuel Villavisencio quien rompió dos veces el bloqueo chileno de Arica.



Guillermo García y García, el valeroso marino que murió a bordo de la fragata blindada "Independencia"



Blindado chileno "Cochrane", gemelo del "Blanco Encalada", ambas unida-

INDICE

	Pág.
Homenaje al Almirante Miguel Grau, en el Centenario del Combate de Angamos y de su gloriosa muerte	1
Grau: noble entrega y dignidad	3
Grau, Pardo y Vicuña Mackenna	7
Chipana inicio del milagro naval en la guerra con Chile	11
Primeros homenajes a Grau	17
Morir por la patria	21
Imagen de nuestros marinos	25
La hora del triunfo	29
El ascenso de Grau	35
Grau, la Argentina y el Perú	39
Grau y Alzogaray	43
Grau y un periodista argentino	47
La muerte de Grau	51

Aurelio García y García 57
El artillero de Pisagua 61
La Campaña Naval de 1879, contada por los poetas 65
Los poetas y la guerra 67
La confianza en nuestros marinos 68
La Escuadra en acción 70
Del triunfo a la inmolación 72
En tierra y en el mar: la bandera al tope . . 77
Marina de Guerra, garantía de paz 81
Chile ocupa militarmente Antofagasta 85
El "Olvido" del Canciller Irigoyen 89
Misión en Chile en 1879 95
La expulsión de los Chilenos 99
José Antonio Miró Quesada, "El Comercio" y la Guerra con Chile 105
Jacinto López, historiador de la guerra naval 111
Jacinto López y el Perú 114
Amigos peruanos y viaje a Lima 115
La guerra del guano y el salitre 117
Una obra notable 119
Lima y los Chinos 125
El defensor de la honra nacional 133

Este libro se terminó de imprimir el 15 de Enero de 1980, en los Talleres Gráficos de la Imprenta de la Marina. Fecha en la cuál se conmemora el 99º aniversario de la batalla de Miraflores, heroica acción de armas en que los hombres del Perú, sin distingo alguno, defendieron el honor nacional, gallardamente comandados por don Nicolás de Piérola.

LAUS DEO

MINISTERIO DE MARINA
BIBLIOTECA
DIRINTEMAR

MARINA DE GUERRA DEL PERU
Sistema de Bibliotecas
Clas: 985.061/L47/1980
No. Inv: 0088
Fecha:
Inst:

BIBLIOTECA
DIMINMAR

985.0612
L21

López Martínez, Héctor
Notas sobre Grau y otros temas de la guerra con Chile.

ej. 2.

985.0612
Z2L
g.2

CEDULA DE VENCIMIENTO

19-06-84			